GRANDES MISTERIOS

RAMON HERVAS

VAMPIRISMO Y LICANTROPIA

libros Rio Nuevo

Ramón Hervás

Vampirismo y Licantropía

Colección GRANDES MISTERIOS

Director: ALEPHO MERCURANO

Títulos Publicados

EL UMBRAL DEL MISTERIO, Ramón Hervás
SOCIEDADES SECRETAS, Abel Sorge
VAMPIRISMO Y LICANTROPÍA, Ramón Hervás
CARTAS Y TAROT, Adamis Charpentier

Ramón Hervás

Vampirismo y Licantropía

libros Rio Nuevo

colección GRANDES MISTERIOS

VAMPIRISMO Y LICANTROPÍA. Ramón Hervás
© EDICIONES 29, 1999
Publicado por Libros Río Nuevo
Mandri, 41, 08022 Barcelona
Tel. 93 212 38 36 - Fax 93 417 65 05
Dirección en Internet
HTTP://www.tsedi.com

Printed in Spain
I.S.B.N.: 84-7175-461-4
D.L.: B. 5.575-1999

Primera edición: marzo, 1999

Impreso en España por BIGSA
Manuel Fernández Márquez, s/n.° - Mód. 6-1
08930 San Adrián del Besós (Barcelona)

Cubierta: Ripoll Arias + Equipo editorial

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las Leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

Ediciones 29, registro editorial n.° 688

Índice

Introducción 7
Vampirismo. Orígenes del Mito 11
Vampiros, lamias y golos 20
Vampiros. Gitanos y judíos 35
Fausto y otros vampiros 46
Vampirología 55
Vampirolatría 64
Licantropía. Los hombres lobo 75
Insania y bestialidad 85
Del otro lado del espejo 92
De la licantropía al sadismo 100
Teratología. Los monstruos 109
Monstruos de cartón 120

Introducción

Muerto entre los vivos o vivo en la muerte, paria entre los monstruos, el vampiro encarna una naturaleza espectral y por ello su cuerpo, además de ser inmune al reflejo del espejo, no consigue jamás desprenderse del frío de la tumba. Fina y suave, glacial, su piel conserva siempre la misma palidez por más sangre que sorba. Sólo sus blancos colmillos brillan sobre los labios rojos y sensuales. Sus uñas, curvadas como las de un ave rapaz, están siempre sucias de sangre coagulada, y su aliento, «horriblemente fétido, exhala un pestilente hedor a carne corrompida». Otro rasgo que lo distingue es el color de sus cabellos, pues siempre es pelirrojo, lo mismo que los tres malvados paradigmáticos: Caín, Tifón y Judas Iscariote. Dotado de una fuerza tan colosal que le permite levantar cada noche la pesada losa de su sepulcro, su acerada mirada le permite ver en la oscuridad, y sus alas le hacen volar como el viento y le llevan con toda celeridad a los más apartados lugares, cometer sus fechorías en su envoltura casi invisible, y estar de regreso en su tumba antes de que el gallo cante tres veces anunciando el alba.

«Quien tema al ajo tomará por su atajo», nos dice el refrán. En cuanto al folklore de todos los pueblos, nos relata leyendas interminables en torno a este ser fantástico que es el vampiro, leyendas que se entrecruzan y mezclan con las relativas a los monstruos y hombres lobo.

Vampiros, lobisomes y monstruos, forman una caterva de personajes que la literatura y el cine han popularizado y cuya función, según esta visión simplista, parece reducirse a causar el pavor durante su nocturna y maléfica actividad. Lo cierto, sin embargo, es que a la luz de la ciencia actual, lo que hoy es una realidad clínica, hace unos pocos siglos representaba el vampirismo y demás manifestaciones de deterioro de la personalidad, junto con las caracterizadas malformaciones de algunos seres desdichados, y llegó a constituir una verdadera maldición que, con el carácter cíclico de una epidemia, fue asolando Europa mientras la imaginación popular ensayaba unos medios de prevención que iban desde la aplicación sobre el cuello de emplastos hechos de harina candeal y sangre de vampiro, hasta los collares tejidos con flores de ajo y amuletos de corteza de sauce, para las asechanzas vampíricas, o la fundición de balas de plata para librarse de los temibles hombres lobo.

La licantropía engloba a todo aquel individuo que se cree transformado en lobo, pero se aplica el mismo término a toda monomanía similar, sea cual sea la forma del animal que el enfermo crea adoptar. La licantropía tiene su origen en Licaón, el feliz rey de Arcadia que, según las distintas versiones de Pausanias, Platón y Ovidio, fue transformado en lobo cuando Zeus advirtió que había sido engañado por Licaón, quien hizo comer al señor del Olimpo un asado preparado con el cadáver de su propio hijo.

Nabucodonosor fue metamorfoseado en buey durante siete años, como castigo divino por haber sometido a los israelitas. En el siglo XVIII se aseguraba seriamente que el rey de Dinamarca guardaba en su gabinete secreto una de las pezuñas de buey que siguió poseyendo el rey de Babilonia después de recuperar de nuevo la forma humana.

Al margen de este dato poco creíble, lo verosímil es que Nabucodonosor padeciera la insania lupina, *esa extraña afección que tanto apasionara a teólogos y demonólogos. Más cauto, santo Tomás sostenía que la transformación de Nabucodonosor sólo existía en su exaltada imaginación. El demonólogo Bodin, por el contrario, citando el caso del licántropo Mariscal, afirma que es un hecho cierto el que los brujos-lobo se transforman y que toda opinión contraria a ésta es «sospechosa, malsonante y semiherética».*

Que estas transformaciones fueran sólo obra de la exaltada imaginación de un individuo o de las gentes que le rodearan, la conocida consecuencia de un simple effetto di fantasía, *como la denominara Davanzati, patriarca de Alejandría, es una opinión que en absoluto compartía Beavois-de-Cavincourt, quien, en su* Discurso sobre la licantropía o de la transmutación de los hombres en lobos, *recoge los casos presentados por Estrabón, Plinio, Virgilio, Pomponio Mela, Dionisio Afer, Varrón, san Agustín y san Jerónimo, añadiendo además otros casos directamente observados por él o recogidos a través de diversos testimonios. Quizás el más conocido de todos estos casos sea el que recoge Plinio en su* Historia Natural, *el del brujo Domaco, quien, por haberse comido las vísceras de un niño, era transformado en lobo durante la luna llena.*

Poetizados los licántropos por Homero, Ovidio y Apuleyo, no hay religión ni folklore que no haga alusión a los avatares de hombres, dioses y demonios que, en sus diversos aspectos de seductor apuesto, ángel punitivo o engendro vengador, no hayan sido transformados en animales.

La fatalidad es que estas amables fantasías fueran, en siglos pasados, tomadas al pie de la letra. Lo cual no sólo dio origen a ociosas académicas discusiones, a disputas interminables, sino que desembocaron en cientos de ejecu-

ciones para aquellos desdichados acusados de «haber revestido forma bestial para el mejor cumplimiento de sus fechorías».

Puesto que el poder aprovecha toda oportunidad que se le brinda para barrer impunemente aquello que le resulta molesto, es justo que al menos en este contexto, hoy reivindiquemos la figura del pacífico y vilipendiado hombre lobo, un ser que si se siente transformado, lo más plausible es que corra a ocultarse en su cuchitril hasta que pasen los efectos de su transformación. Lo que no es creíble es que se dedique a desgarrar con sus zarpas o destrozar con sus colmillos gratuitamente a los que antes de su metamorfosis eran sus semejantes. Una rápida ojeada a cualquier página de sucesos nos muestra, desgraciadamente, que todas las fechorías son cometidas por hombres. Jamás por hombres lobo y, raramente, por lobos a secas o vampiros. Como ya sentenció Plauto: Homo homini lupus.

Vampirismo. Orígenes del mito

El vampiro, verdaderamente, nada tiene que ver con aquel temible Drácula cinematográfico que desde lo alto de su torreón, recortada su siniestra silueta contra amenazadoras nubes negras, luce su galanura como si representara una esencia superior y distinguida. No es tampoco el tipo apuesto que reflejan determinados relatos. Ni es el vampiro ese engendro sucio y polvoriento, de aspecto repulsivo, que se cuela impunemente en la intimidad de la alcoba de una mujer, ya que su cuerpo ni proyecta sombra ni se refleja en los espejos. No es tampoco el seductor anodino, de aspecto pulcro y aliento perfumado, que la doncella debe temer, pues corre el riesgo de ser vampirizada a su vez si comete la debilidad de abandonarse en sus brazos. El vampiro no es ese perro que aúlla en la noche, ese gran murciélago siniestro o ese mochuelo tímido que cruza entre los árboles volando como alma en pena. Guarden los folkloristas sus amuletos para los bailes de disfraces, úsese del ajo en la cocina, bien majado con perejil para sazonar guisos, y prescinda la joven casadera de la flor de ajo y guarde sólo la tradición de lucir la flor de azahar. El vampiro es algo más que ese ser aterrador del que uno debe precaverse del modo que sea.

¿Qué es, pues, el vampiro? Dos pueden ser las claves que dieran origen a estos mitos: aquellos enfermos cuya

compulsión les lleva a beber sangre humana y aquellos otros que, sin estar incluidos en los esquemas de un transtorno mental definido, practicaban el canibalismo o, más selectivamente, comían glándulas genésicas para revitalizar sus extenuadas fuerzas.

Pero, como ocurre con todo objeto de superstición, al vampiro se le irán atribuyendo cuantos males afecten a la comunidad y, simultáneamente, se le confundirá con otras criaturas multiformes y perversas. En Oriente, los primeros vampiros diferenciados con los rasgos que les son habituales, los hallamos en Egipto identificados con las diosas Baba, Srun y Apop. Divinidades inciertas de aspecto repelente, con hocico de lobo entre cuyas comisuras asoman afilados colmillos. Hembras de gran concupiscencia, estas tres deidades pueden concebir, pero son incapaces de parir, y cuando sienten que su preñez ha llegado a término, entre las terribles convulsiones que les producen sus dolores, consiguen desprender el feto de la matriz; pero como son asimismo incapaces de expulsarlo al exterior, lo reabsorben intrauterinamente, lo que supone una suerte de autoantropofagia vampírica. A estas diosas se las asocia también con los espíritus hostiles al divino Osiris, a quien acosan en su camino celeste con cien trampas y asechanzas, la principal de las cuales consiste en arrebatar del cielo la luz del Sol y esparcir las tinieblas.

Contrariamente a los mitos hebraicos, que atribuyen el origen de la raza negra al hecho de haberse unido Cam a su esposa durante la estancia de ambos en el arca de Noé, violando así el tabú impuesto, sus vecinos egipcios creían a su vez que los negros etíopes nacían con la piel oscura por haber sido engendrados durante los períodos de tinieblas que las tres maléficas lamias, personificadas

en las fases de la Luna, esparcían sobre la faz de la Tierra.

En Babilonia, los vampiros, asociados a los demonios, eran los *utuq*, espíritus inferiores que cruzan errantes el desierto y, disimulándose en las tempestades de arena, penetran en las aldeas y ciudades. Los demonios *alal*, los *giguim*, los *telal* y los *maskim*, son los vampiros alados, siempre sedientos de sangre. Cuando no pueden alcanzar a los hombres, por haberse precavido éstos con amuletos adecuados, atacan a las bestias. Si éstas a su vez han sido inmunizadas, se enfurecen y escapan al cielo para incendiar las colas de los cometas y provocar los eclipses.

Pero los más temibles vampiros babilónicos no son los que se ocultan en el cielo, sino los que escapan de los astros y bajan a la Tierra bajo el amparo de la oscuridad de la noche. Estos demonios sin nombre salen por poniente y desaparecen por levante, al revés de los astros en su movimiento aparente, y perturban la vida de los hombres, a quienes acosan provocando temblores de tierra. Además, bajo sus espantosas personificaciones, estos vampiros atacan también al mortal con la sombra impalpable de la enfermedad, y, aunque asexuados, son capaces de encarnarse en bellas formas como súcubos o íncubos, fantasmas de las poluciones nocturnas que extenúan al hombre con sus deletéreas caricias.

Asociado el vampiro a la mujer de temperamento volcánico, el mito adquiere un matiz marcadamente erótico entre algunos pueblos: la diablesa Lilith o la Venus Militta, que a su pasión insaciable «no le basta un solo hombre». La variedad del vampiro hembra la encontramos en las tradiciones caldeas, fenicias, cananeas y judías. Estas mujeres, almas del Averno, se ocultan duran-

te el día en las ruinas y es por la noche cuando salen de sus escondrijos para cometer cuantos desmanes y maleficios se les antoja.

En Grecia, si en principio son escasas las divinidades malvadas, con el tiempo se multiplican las representaciones del Mal. Las gorgonas, las furias, las harpías, las parcas, la hidra lérnea y las lamias, con las tres personificaciones de la Luna, en especial la siniestra Hécate, quien se complace haciendo «aullar a los perros y vertiendo la sangre», no siempre muestran en sus rasgos la figura del vampiro, aunque, en ocasiones, actúen como tales, pues sus facetas principales son aquellas en las que el descuartizamiento humano —real o figurado— es un valioso recurso para obtener talismanes con los cuales favorecer las cosechas. Es éste un aspecto del tema vampírico desdeñado por la cinematografía y la literatura del género.

Con independencia de analizar más adelante el mito de Osiris, que cabría asociarlo más a la licantropía que al vampirismo, vemos cómo el rey Penteo de Tebas, y Licurgo, rey de los edonios de la Tracia, se oponen a Dioniso, rey de las vides, y ambos son descuartizados respectivamente por las frenéticas bacantes y sus furiosos caballos, y cómo los restos destrozados de ambos reyes, chorreantes de sangre, son enterrados en los campos para propiciar cosechas abundantes. Orfeo sufre la misma suerte que Penteo y Licurgo, a manos de las bacantes, y su sangre sirve también para fertilizar la tierra, lo mismo que la de Rómulo al ser despedazado por los senadores romanos. ¿Qué hay de extraño, pues, si la tierra exige sangre para ser fertilizada, que no la exija a su vez el hombre para aumentar la suya o, al menos, por concomitancia, su potencia genésica?

Es, desde luego, el rasgo erótico el que distingue a los

vampiros, distinción que el cine se ha encargado de acentuar sobradamente. Este matiz se advierte también en el rejuvenecimiento de Esón, cuando Medea le hace sorber la sangre de su propio padre. Sacando Medea la espada de su vaina, relata Ovidio, hiere al anciano en la garganta y deja brotar la sangre, que reemplaza por otra en la cual la hechicera ha hecho macerar unas hierbas. Poco después se opera la metamorfosis. Los blancos cabellos de Esón se tornan negros, su delgadez desaparece, lo mismo que su lividez enfermiza y las arrugas de su rostro, y sus miembros recobran el vigor juvenil y vuelve a sentir el pálpito del amor en su renovado flujo interno.

Evidentemente, en el origen de la leyenda de los vampiros reside tanto la atracción como el temor instintivo del hombre primitivo hacia la sangre. Los ritos hemáticos se encuentran en el alba de todas las civilizaciones. Los escitas, galos, aztecas y fenicios, bebían la sangre de los enemigos para fortalecer su valor. A su vez, estos mismos pueblos realizaban sacrificios sangrientos para favorecer a sus respectivos dioses. En sus comienzos, el tabú de la sangre se asocia naturalmente a las efusiones de la mujer y tal vez ésta sea la causa de que los primeros vampiros sean hembras y busquen la sangre para reponer sus pérdidas periódicas. Perséfone, la Lilith babilónica, se transforma en el súcubo Lilith de los hebreos, y luego a su vez se convierte en la lamia de los romanos, el hada necrófaga y hemófaga que persigue a los hombres en las noches de luna llena para sorberles su fluido vital.

Las furias y las harpías griegas no sólo atormentan a las almas de los muertos en el infierno Tártaro, sino que saliendo de la tenebrosa mansión de Hades se encarnan en vampiros o brucolacos que persiguen a los vivos. En

ciertas aldeas de Grecia, aún hoy, cuando alguien llama a la puerta lo hace dos veces para no ser confundido con un brucolaco, que, como la fortuna, sólo llama una vez.

La lamia primitiva entra también en el mito y, con Afrodita-Lamia, da origen a las distintas ninfas ondeantes, «serpentinas ávidas de estupro y de muerte», a las orcas, a las larvas lémures, a las estriges, criaturas todas ellas fantásticas, con atributos bestiales, y que atraen a los hombres, bien para devorarlos, bien para sorberles la sangre.

El propio Orígenes recoge con pavor la leyenda: « Ven, ¡oh triple Bombo!, diosa infernal, terrestre y celeste, diosa de los caminos y de las encrucijadas. ¡Enemiga nocturna de la Luz y que sin embargo nos traes la Luz, amiga y acompañante de la Noche! Errante entre las sombras de los sepulcros, te complaces en los prolongados aullidos de los perros y en el vapor de la sangre vertida... ¡Oh, Gorgo, Morno! ¡Luna multiforme, favorece con rayo propicio el sacrificio ofrecido en tu honor!»

Además de los brucolacos, el caprichoso antropomorfismo griego atribuye diversas personificaciones a las larvas y espíritus elementales que atormentan a los hombres buscando aplacar en ellos su sed de sangre. Las nix o ninfas, los nornes, los trodis, los kobolds, los elfos, los lutinos y las hadas maléficas, tránsfugas todos ellos de Grecia durante la dominación romana, se refugian en Alejandría y se confunden con los distintos djins árabes. A la caída del Imperio, los bárbaros los incorporan a las tradiciones norsas. Los kobolds y los trolls son los espíritus familiares de los campesinos escandinavos que, al igual que los manirots respecto a los payeses del Pirineo de Lérida, les ayudan amigablemente en sus tareas del campo o de la granja, si bien, antojadizos, un día pueden

volverse implacables enemigos que beberán la sangre de los caballos y las vacas e incluso la de sus propios amos. Los elfos, con la variedad de los silvanos, rehuían la compañía humana y les gustaba vivir ocultos en la corteza de los viejos robles, pero refieren algunas crónicas que cuando los sajones invadieron la costa de los baltos, salieron de sus escondrijos para echárseles al cuello y chuparles la sangre. Los lutinos y las hadas, en general más maliciosos que malvados, habían cambiado la ancestral costumbre de beber sangre por el hábito, más moderado, de colarse en las bodegas para beber vino y leche.

Sin embargo, algunos lutinos no consiguen desarraigarse de su vicio sangriento y no sólo atacan al hombre para sorberle su vitalidad sino que son también susceptibles de convertirse en hombres lobo: los *werwolfe* de Alemania, los *loups-garou* de Francia, los *lobisomes* de Galicia, los *luttins* de Normandía y los *voukodlaks* de los eslavos, pueden adoptar indistintamente la licantropía y el vampirismo.

En Roma, como antes ocurriera en Grecia, los vampiros dieron también mucho que hablar. En su *Farsalia*, el poeta Lucano relata cómo el hijo de Pompeyo acude al oráculo de la tesaliana y retrata así a la profetisa-vampiro: «La muerte no le intimida, tan pronto tiene necesidad de sangre humeante cuando surge de la herida, como quiere para sus sacrificios una carne viva y un corazón palpitante. Desgarra las entrañas de una madre y arranca el feto prematuro para ofrecerlo a sus dioses sobre un altar ardiente... Toda muerte le sirve. De la mejilla suave de los adolescentes arranca ese vello tierno que anuncia la flor de la edad; de aquel que muere en su virilidad, son sus cabellos los que la atraen. Asiste a la muerte de sus allegados y, sin piedad para los seres más queridos, se

arroja sobre el moribundo y, fingiendo darle el último beso, le corta la cabeza o, con diente impío, le muerde la lengua ya helada, casi pegada al paladar, y sobre sus labios mustios le confía los negros secretos que ella hace pasar a los infiernos...»

¡La diabólica compulsión del vampirismo se transmite hasta nuestra época! No sólo tienen sed de sangre aquellos, por fortuna escasos, psicópatas que la sociedad recluye en los asilos de alienados. Tal vez algunos de ellos, con su apariencia de hombres y mujeres perfectamente normales, se mueven entre nosotros.

Recordemos si no, la confesión de John Haig, el llamado vampiro de Londres, cuya espantosa confesión recogió toda la prensa europea de la época. En el reportaje publicado el 14 de agosto de 1949 por el rotativo *France-Dimanche*, Haig manifiesta su latente atracción por la sangre. Cuando era niño, relata, ya se cortaba los dedos para sorberla y, hombre ya, un fortuito accidente de automóvil que le provocó una fuerte hemorragia en el cuero cabelludo, le reveló bruscamente la voracidad insaciable que sentía por la sangre. Durante muchos meses, añade, luchó contra su sed devoradora de sangre y se refugió únicamente en sus terribles y voluptuosos sueños.

«Vi un bosque de crucifijos —así nos describe su sueño— que se transformaban gradualmente en árboles. Creí observar primero rocío o gotas de lluvia resbalar por las ramas. Pero, acercándome, comprendí que era sangre. De repente, el bosque entero comenzó a retorcerse y los árboles rezumaban flujo. Salía éste de los troncos y resbalaba por las ramas, totalmente rojo. Tuve la sensación de que me estaba debilitando, de que iba a perder todas mis fuerzas. Percibí a un hombre que iba de árbol en

árbol y recogía la sangre. Cuando la copa estuvo llena, se acercó a mí. "¡Bebe!", me dijo. Pero yo estaba paralizado. El sueño se disipaba, pero yo mismo era quien me desvanecía y era consciente de ello, quería impedirlo y tender todo mi ser hacia la copa. Me desperté en un estado de semicoma. Y desde entonces la mano me tendía la copa que yo no podía alcanzar, y esta horrible sed que ningún hombre conoce se instaló en mí para siempre...»

Y como el sueño le dejaba aún más sediento, Haig no tuvo otra opción más que el crimen para aplacar su avidez de sangre. Detenido al fin y juzgado, fue condenado a muerte y ahorcado en la prisión de Wendsworth el 10 de agosto de 1949. Megalómano, apropiándose de una paradoja de Wilde, declaró al subir los trece escalones: «A causa de sus prejuicios, no lamento abandonar Inglaterra».

Vampiros, lamias y golos

Hombres lobo y vampiros se confunden a veces en sus rasgos, pues ambos reviven la muerte, y las personas a quienes hieren también adquieren el estigma de malditos y llegan, en algunos casos, a encarnar la personalidad del licántropo o del vampiro. Durante los primeros siglos del cristianismo, vampiro era sinónimo de excomulgado, sobre todo en la Lorena, en Prusia, Silesia, Austria, Rusia y Bohemia.

El rasgo diferenciador de estos seres espectrales es el de llevar varios meses enterrados, salir de sus tumbas ciertas noches y, como provistos de cuerpo y alma, hablar, andar, infectar las ciudades, maltratar a hombres y animales y chupar la sangre de sus víctimas hasta causarles la muerte y conducirles al mismo estado estigmático que al de ellos. Solamente exhumándolos, cortándoles la cabeza y arrancándoles el corazón, la comunidad podía librarse de sus asechanzas.

En los pueblos de la Europa antigua y medieval, sin duda debió darse algún caso real de vampirismo, semejante al de John Haig que ya hemos relatado. Y debió ser sin duda este impulso hacia la propia sangre y la de los demás la que, junto con las peculiares características de algunos terrenos, ha dado origen a la moderna mitología del vampiro.

Hay zonas, en efecto, donde la combinación entre

las tierras de los cementerios junto con la anormal constitución fisiológica de algunos hombres enterrados, puede ocasionar que el cadáver quede preservado de la natural corrupción. Esta doble circunstancia y la superstición de otras épocas, amén del contagio emocional, han supuesto las causas determinantes de las epidemias vampíricas que en otros tiempos asolaron diversas regiones de Europa.

Durante la caída de Roma, el pueblo llano atribuía el desmoronamiento del Imperio a la presencia insidiosa de los vampiros. Tan fuerte debió ser sin duda esta creencia que los ricos y los poderosos se hacían enterrar en sarcófagos de *sarcoma*, una piedra porosa que aceleraba la corrupción del cadáver. En la basílica de Ravena, en el mausoleo de la emperatriz Gala Placidia, puede verse todavía uno de estos ataúdes.

En algunos lugares de Grecia siguen creyendo que los cadáveres de los excomulgados no se reducen a polvo, como los demás, por mucho tiempo que lleven enterrados. Sólo podrá corromperse el cuerpo si, además de haber sido inhumado en tierra consagrada, recibe la absolución de su anatema. Si esta doble circunstancia no se produce, la tierra, furiosa, puede llegar hasta a escupir el cadáver y ello supone obviamente dejar al vampiro en libertad.

La opinión piadosa de la Iglesia medieval era que los santos no se corrompen en sus tumbas. Por ello, en las causas de canonización, se esperaba cien años antes de exhumar a un bienaventurado, el cual, para acceder a la santidad, no solamente debía aparecer preservado de la natural corrupción sino que su cuerpo debía también exhalar un perfume agradable, el característico olor de santidad con que había muerto. A veces sucedía, pues

de todo hay en la viña del Señor, que algunos frailes, que fueron tenidos en vida por santos varones, al ser desenterrados sus cadáveres aparecían intactos, pero negros y hediondos. Ello era señal de que habían muerto en pecado, pero si entonces el obispo les daba la absolución, al instante su cuerpo se reducía a polvo.

En el proceso de sedimentación que sufren las leyendas durante la Edad Media, la del vampiro es la que mayor pureza conserva respecto al esquema original. Las hadas o *fatas* son una estratificación de las *fatales* de la Antigüedad y corresponden a las druidesas que habitaron los bosques de Europa durante la colonización romana. Las *nixas* y los *dusis* de los celtas, los *brownies*, los *cluricanes*, los *gnomos* y las *ondinas* del variado folklore europeo se transforman paulatinamente en criaturas benéficas y simpáticas, mientras los vampiros y licántropos conservan sus rasgos siniestros.

Como fruto de una hipóstasis, el sexo del vampiro siempre resulta ambiguo. Puede adquirir alternativamente el carácter masculino y el femenino, e incluso simultanear ambos sexos y ser hermafrodita. Pero ahí no acaban sus habilidades. Algunos silvanos de miembro bifurcado poseían a la vez a sus presas normalmente y contra natura. Esta ambivalencia tiene un origen religioso que no siempre corresponde a la divinidad. Algunos talmudistas atribuyen a Jehová una hipóstasis o desdoblamiento femenino: la Ruah, como parte femenina del alma. Lilith es la hipóstasis hembra de Satanás y corresponde a la Anata Astarté de los fenicios, a la Tanit de Cartago y a la Atenea griega, hipostasiada en Zeus. Todas ellas, en algunas representaciones, adquieren carácter ornitomórfico, con alas y pico depredador, que no siempre figuran al paradigmático vampiro volador, sino

que pueden aparecer como una paloma, como un gavilán o como una lechuza. En este contexto son quizá los golos, los vampiros hembras de las tradiciones árabes, los que adquieren unos rasgos más diferenciados.

Lo mismo que los golos o golas, las lamias toman figura de mujer, siempre de singular belleza, pero a las que se puede reconocer fácilmente por las uñas de sus pies: pequeñas garras que aparecen con la forma de una cabeza de dragón. Cuidando tal cuestión, las lamias usan siempre zapatos cerrados. No pueden habitar lejos de las ruinas y de los cementerios puesto que, en caso de no hallar nada mejor, se alimentan de los cadáveres. Las lamias, al igual que los golos, pueden transformarse en lobos y hienas, como, según una crónica, sucedió en Siria cuando unos soldados mataron a varias de ellas: al día siguiente, metamorfoseadas en fieras, atacaron su campamento.

El ocultista asturiano Roso de Luna recoge la leyenda de las lamias, las *xanas* de los lagos de Somiedo, y pinta a una ondina acorde con los tiempos modernos, una dama elegante y enigmática que viaja en su automóvil a «velocidad ultrafísica» y que inicia al ocultista en el *dosomantismo* para luego tratar de seducirle como una vulgar sílfide.

La bella xana asturiana del «Bugati» se asemeja en algunos rasgos a la Nadilla del cuento de *Las mil y una noches*, donde se relata la historia de Adbul Hassan, un hijo de un rico mercader de Bagdad que, sin saberlo, se casa con una lamia. Una noche se despertó Abdul y advirtió con sorpresa que su esposa no estaba a su lado, en el lecho.

Receloso, a la noche siguiente se fingió dormido cuando ella, sigilosa, saltó de la cama y escapó furtivamente

de casa. Abdul la siguió y, horrorizado, vio cómo entraba en el cementerio y se reunía con una cuadrilla de golos que estaban allí despedazando un cadáver.

Antes Abdul Hassan ya había advertido que Nadilla jamás cenaba. Conteniendo su rabia, Abdul volvió a su casa y se metió en la cama, fingiendo dormir tranquilamente cuando Nadilla regresó y se acostó a su lado. Al día siguiente, sin dejar traslucir la angustia que le devoraba, dejó transcurrir las horas y, llegada la noche, se empeñó en que Nadilla cenara con él. Como ella se negara, después de insistir inútilmente, Abdul le espetó furioso: «¡Prefieres ir a cenar con los golos!»

Vampira declarada, Nadilla fue quemada en una hoguera de sándalo y luego sus cenizas fueron arrojadas al Tigris, de acuerdo con la mejor tradición. El cuento árabe insiste en la presencia de la sangre y en la atracción que los vampiros sienten hacia ella. Una constante que está presente en toda la mitología del vampiro. El ancestral temor a la sangre, por otra parte, ha dado origen a prácticas bárbaras destinadas a evitar que aquellos a los que se considera como vampiros puedan volver a la vida. A veces éste no se muestra con su apariencia humana sino que se disimula bajo la figura de algún animal: en gran murciélago de la India y de los desiertos americanos (que precisamente es el único que ataca a los grandes mamíferos para sorberles la sangre), en lobo e incluso en inocente murciélago europeo.

Quemar a los murciélagos o clavarlos por las alas a una puerta era en algunos pueblos una superstición corriente que servía para conjurar maleficios. Otros pueblos, más intuitivos, ven en el murciélago un valioso aliado. El *rat penat* o ratón alado de la bandera valenciana es el símbolo de una leyenda según la cual, «cuando el rey

don Jaime I se ocupaba de la conquista de Valencia, se posó sobre su celada para advertirle que vigilara y guardara su persona de día y de noche». Otros ven en el murciélago de la bandera valenciana el símbolo de la iniciación del rey Jaime como sufí, en clara alegoría a aquel que para ver en las tinieblas debe arrancarse las telarañas de los ojos, aún a riesgo de que lo tomen por ciego.

La tradición popular levantina, clarividente también, identifica al murciélago, animal amigo, como protector del rey, pues no en balde los campesinos eran conscientes de la bendición de la naturaleza que para ellos representaba el murciélago en unas tierras llenas de albuferas y acequias, plagadas de mosquitos, que solamente el murciélago podía limpiar. En efecto, dicho animal devora diariamente un volumen de mosquitos superior al de su propio cuerpo. Es una lástima que estos simpáticos mamíferos hayan desaparecido de nuestras ciudades, donde se les veía revolotear alegremente durante las noches de verano, buscando su alimento. Los altos índices de contaminación ambiental les han alejado de los centros urbanos, y en los campos, el uso desmesurado de insecticidas acaba también con ellos al privarles de su alimento.

Pero si valencianos y catalanes hicieron del murciélago un símbolo de amistad, en otros lugares no fue visto con la misma simpatía. En algunas zonas rurales de los Balcanes y de Bulgaria, hasta el siglo pasado, los hechiceros atrapaban a los murciélagos con redes y, degollándolos, llenaban con su sangre una botella que luego arrojaban a la hoguera para preservarse de los vampiros. Si pese a este exorcismo el vampiro salía de su tumba, era menester atraparlo durante el día y atravesarle el corazón con una estaca. Esto, sin embargo, no era impedimento para que a veces se extremaran las precauciones y

se les llegara a cortar la cabeza e incluso se les descuartizara totalmente, haciendo finalmente consumir sus restos en la hoguera.

Estas prácticas podían emplearse no sólo con los reputados vampiros, sino también con los suicidas y, más especialmente, con aquellos difuntos que, en vida, hubieran sido muy lujuriosos. Esta última tendencia del vampiro era de gran utilidad socialmente, puesto que muchos embarazos escandalosos de mujeres solteras se explicaban, a satisfacción de todos, atribuyéndolo a la obra perversa e inevitable de un vampiro. Voltaire, Davasnzati y Caraccioli recogen la historia de uno de estos vampiros lúbricos, un brucolaco al que se personaliza a partir de su denominación genérica: *Vrykolakas*.

Caraccioli, que reprochaba a dom Calmet el haber echado leña al fuego del vampirismo, avivando su leyenda con la publicación de docenas de historias misteriosas, estaba cargado de razón. Dom Agustín Calmet, en efecto, benedictino fallecido en 1757 en la abadía de Senones, fue quien vulgarizó en el siglo XVIII las historias de los vampiros. En su voluminosa *Relation*, de 1751, y en su *Disertación sobre las apariciones de los ángeles, de los demonios y de los espíritus, y sobre los espectros y vampiros de Hungría, de Bohemia, de Moravia y de Silesia*, publicada en París en 1746, recoge sin discriminación alguna todas las fábulas que circulaban en su época por el centro de Europa.

Luis Antonio de Caraccioli, nacido y muerto en París aunque de origen italiano, fue el confidente de los papas Clemente XII y Benito XIV y, en ocasiones, realizó misiones diplomáticas representando a la Santa Sede en diversos lugares de Europa. Aventurero sin fortuna, pudo quizás haberse enriquecido pero prefirió vivir toda

su existencia de la pluma, acosado por la necesidad. Su *Lettre à une Illustre Morte* parece ser que estaba dirigida a una dama polaca que acababa de morir, en respuesta a otras cartas que ella escribiera a Caraccioli y que éste no había contestado a tiempo.

En esta especie de homenaje póstumo a su amiga, añade Caraccioli:

«¡Qué ocurrencia que los cuerpos separados de sus almas hubiesen abandonado las tumbas para venir a sorber la sangre de los vivos! ¡Y pensar que nadie se apercibiera, como usted bien señala, *que esa rubicundez y gordura que se observa en los cadáveres de aquellos que se sospechaba eran vampiros y que se exhumaban, no obedeciera a otra causa que a la calidad de una tierra propia a operar tales prodigios*!; es justamente lo que se confirma por las experiencias llevadas a cabo en Hungría y que sirvieron para desengañar al pueblo, aunque haya todavía personas escrupulosamente aferradas a tales supersticiones.»

Aquí alude Caraccioli a dos valiosos documentos de su época, surgidos para atajar la ola de superstición que los relatos de dom Calmet habían desatado. Uno de ellos, *Los vampiros a la luz de la ciencia*, es obra de Próspero Lambertini, que pasaría a la historia ocupando la Silla de San Pedro con el nombre de Benedicto XIV. El otro documento, el *Informe médico sobre los vampiros*, fue el resultado de una investigación llevada a cabo por el archiatra imperial Gerard van Swieten, médico de María Teresa de Austria, para determinar las aberraciones cometidas por los campesinos de una villa de Moravia al ejecutar a varios cadáveres por pretender que se trataba de vampiros.

La figura del vampiro nace, pues, como vemos, de la

atmósfera supersticiosa del Medievo y a la cual el Renacimiento, con su retorno a las antiguas fuentes, no había hecho sino reavivar: una diabólica ave fénix que resurgía de sus cenizas para encarnarse de nuevo bajo sus negras alas. Pero la sagacidad de Próspero Lambertini y su insaciable afán intelectual poco pudieron hacer, sin embargo, para desarraigar de Europa la superstición del vampiro.

Apasionado estudioso de la medicina y la cirugía, el futuro Benedicto XIV no se arredra ante las ideas más osadas, aunque éstas desafiaran al dogma. Así, este hombre singular distingue con su amistad a los dos más grandes ateos de su tiempo: Voltaire y Testoni. Ya proclamado Papa, lucha contra los excesos místicos e intenta poner freno a las visiones y milagros fáciles que cierto clero sin escrúpulos fomenta para conservar el temor popular y perpetuar el lucro. El nuevo Papa publica su *De Servorum Dei beatificatione et Beatuorum canonizationi*, obra exponente del pensamiento científico de un hombre que desdeña ganarse simpatías en una época en la que todos los gobernantes, más o menos vergonzosamente, no vacilaban en pactar con el mismísimo diablo con tal de que se les garantizara seguridad con que apuntalar sus tambaleantes tronos.

Pero nada puede saciar la morbosa sed del pueblo, que ve en los íncubos y súcubos a los padres de los vampiros. Constatan que, con profética visión, san Agustín les había prevenido contra los espíritus lujuriosos desde las santas páginas de su *De Civitate Dei*: «Es opinión generalizada y confirmada por el testimonio directo o indirecto de personas absolutamente dignas de fe, que los silvanos y los faunos, vulgarmente llamados íncubos, atormentan con frecuencia a las mujeres, solicitando y

obteniendo de ellas el coito. Existen también claros indicios de la existencia de ciertos demonios, a quienes los galos llamaban dusos, que se entregan con asiduidad a prácticas impuras; esto viene atestiguado por tal cantidad de autoridades importantes que negarlo sería una imprudencia...»

La caza de brujas había terminado y el siglo de las luces comenzaba a alumbrar la despavorida Europa. Pero el latente desorden sexual de las gentes no había amainado y la obsesiva atmósfera lúbrica que rezumaba la represión, desaparecidos ya los aquelarres y quemados los brujos, todos los males fueron atribuidos entonces a los vampiros.

La sociedad establece un nuevo retrato robot del vampiro, acusando algunos rasgos y matizando otros, pero conservando siempre su origen, es decir, ser el fruto pecaminoso de un íncubo. Aquel hombre que vive retirado, aquella anciana lacónica de andar ligero, la esposa que ha enterrado a su familia en pocos meses, aquella otra que engendra después de años de infecundidad, aquel hombre que inspira una pasión violenta sin ser bello, aquel otro que supera una grave enfermedad cuando los demás mueren del mismo mal, el que tiene la tez pálida o la mirada demasiado expresiva. Todos ellos, en un momento dado, corren el riesgo de ser considerados vampiros, descendientes directos de un íncubo, pues la transmisión directa del vampirismo por contagio a través de la succión de la sangre es un aspecto del mito que, a mediados del siglo XVIII, todavía no ha arraigado.

Algunos rabinos sostienen que Sammel, príncipe de los diablos caídos, fue el íncubo que personificado en serpiente sedujo a Eva y cohabitó con ella antes que Adán. De este trato nacieron otros demonios que encarnaron

ambas naturalezas: la humana y la demoníaca. Por el contrario, otros talmundistas afirman que fue Lilith, el diablo hembra y súcubo, la que cohabitó con Adán antes de que éste conociera carnalmente a Eva. De esta unión nacieron también criaturas demoníacas. El novelista Evers presenta con su *Alma Rauner* un paradigma de estas maléficas criaturas.

Y son justamente estas criaturas demoníacas no sólo las que se posesionan de los hombres sino también aquellas que llegan a ejercer el dominio total que supone la posesión, acosando al hombre con sus continuas asechanzas. A veces, ni los exorcismos ni los símbolos sagrados o las santas admoniciones son suficientes para alejarlos. Distraen a los sacerdotes durante el rezo de las horas e incluso en la celebración del santo sacrificio, a los chantres les hacen dar notas falsas en el coro, a los predicadores ronquera o afonía súbita, reprenden a los monjes, acometen a las religiosas en los conventos y les levantan vergonzosamente los hábitos, y, pese a la compañía de los ángeles guardianes, llegan hasta a abusar de ellas en el propio claustro.

Los íncubos abrasaban con su lujuria a los espíritus más puros. Son ellos los causantes de todas las poluciones nocturnas, de todos los arrobamientos que hacen languidecer a las doncellas solitarias. De estas uniones extrañas han nacido muchos hombres. Caín fue hijo de Eva y de un íncubo; Rómulo y Remo lo fueron de un súcubo que adoptaba la forma de una loba, aunque otras tradiciones identifican a la *lupa* que les dio vida con una prostituta que ejercía su oficio en un *fornix* o agujero de la muralla de Roma; de ambas palabras, *lupa* y *fornix*, derivan las voces lupanar y fornicación. Servio Tulio, Alejandro, Platón, Aristómenes, Escipión y hasta el mago

Merlín fueron engendrados por íncubos, esos lutinos que la tradición identifica con los jóvenes y apuestos silfos y cuya proverbial ligereza y flexibilidad les permite colarse hasta el lecho mejor protegido para consumar su obra maléfica a través de «unos besos tan voluptuosos que la asediada acaba por rendirle el alma entre ardientes suspiros».

Otro íncubo notorio fue Asmodeo, diablo que para algunos talmudistas fue un vampiro que sedujo a la joven Sara, en quien se cebó chupando la sangre a sus siete maridos, desde el primer día de sus respectivas bodas y justo antes de que llegaran a consumarse. Sólo su primo Tobías, ayudado por el ángel, pudo vencer a Asmodeo y hacer de Sara una verdadera esposa.

Para el demonólogo Delancre, estas historias carecían de verosimilitud puesto que los vampiros, grandes pecadores, tenían en mayor honra tentar a mujeres casadas, lo cual al mismo tiempo les permitía cometer adulterio, y no tener que pechar con la enojosa incomodidad de una doncella. Pero otros casos elocuentes contradicen las observaciones de Delancre.

Entre las brujas de Zugarramundi también se hallan rasgos de vampirismo, pues María de Zumaya, la principal encausada, afirmó en su confesión que se complacía en burlarse de un clérigo de Rentería, gran cazador, poniéndose al alcance de su escopeta, metamorfoseada en lechuza o liebre. Tanto María de Zumaya como Miguel de Goiburu, principales cómplices en la causa de Zugarramundi, y al igual que otros reos hicieran en los procesos de Logroño y Calahorra, declararon haber «matado muchos niños, chupándoles la sangre a través del agujero que les practicaban en el seso». Otro de los condenados, acusado de haber dado muerte al hijo de su hermana,

manifestó que el diablo le exhortaba diciendo: «Chupad, chupad, que eso es bueno para vosotros».

Martín del Río, unificando la opinión de los demonólogos, establece que los súcubos se encarnan en el cadáver de una mujer, para así cohabitar con el hombre que desean. Los íncubos hacen lo mismo encarnándose en el cadáver de un hombre y dándole vida, pero previamente han tomado el semen de un individuo sano y robusto, provocándole una abundante polución seminal durante el sueño. Del Río dice que le es más fácil a la mujer que al hombre reconocer a los vampiros, pues el íncubo jamás logra atemperar el semen que ha robado y su emisión será helada. Fenómeno que puede apreciar fácilmente la mujer si permanece atenta a aquel momento. Afirma también Del Río que los íncubos son capaces de procrear, pero esta opinión no la comparten otros doctores.

Hay exégetas que ven a los demonios lujuriosos como criaturas acuáticas, pues lujuria y humedad son términos correspondientes, como simboliza Melusina. Venus nace del mar, mezclada la sangre de los genitales cortados de Urano con la espuma, y con ella nace la lascivia. Tan lascivas se consideran estas criaturas acuáticas que, «después de haber gozado de un hombre o de una bestia, le dan muerte para beber su sangre».

Con la parte inferior de su cuerpo en forma de serpiente, Melusina consigue, gracias a su matrimonio con Raimondino, la apariencia humana durante todos los días de la semana a excepción del sábado, día en que debe someterse a su forma primitiva. Pese a que cada fin de semana tuviera buen cuidado de encerrarse en su habitación del castillo de Lusignan, un día, sábado, Raimondino no pudo vencer su curiosidad y practicando un agujero

con la punta de la espada en la puerta de su aposento, la vio cómo se bañaba. Melusina no pudo sufrir que él hubiese visto su medio cuerpo de serpiente y huyó de Lusignan abandonando a sus hijos. Desde entonces, sumergida en el mar, lanza agudos bramidos cerca de los navíos a punto de naufragar, deleitándose por anticipado con el festín sangriento que los náufragos van a deparle.

Los mitos se confunden y a veces un mismo personaje aparece con rasgos gemelos bajo distintas denominaciones. El hada New-Haven aparece con su esquife cuando un barco se halla en riesgo de zozobrar. El hada Morgana muestra su palacio sepultado bajo las aguas de la bahía de Mesina, curioso fenómeno de refracción luminosa al que los marinos llaman «Fatamorgana» y cuya visión implica según la superstición popular presagios de muerte.

Acuático o terrestre, conviene estar siempre prevenido contra el ataque vampírico y, además de las flores de ajo, un buen preservativo es la cadena. En las montañas de Suiza existía la costumbre entre los herreros de dar, cada mañana, tres martillazos sobre el yunque. Unos golpes simbólicos que remachaban la cadena bajo la cual se aferraba al vampiro Carlostad, llamado en el siglo Andrés de Bodestein, y que siendo arcediano de la parroquia de Wurtemberg renegó de sus santos hábitos para abrazar las doctrinas de Lutero y poder así entregarse al libertinaje con su amante. Añade la leyenda que Carlostad fue el primer sacerdote que se casó públicamente. Pero su desfachatez la pagó cara ya que murió al poco terriblemente enflaquecido. El pueblo acusó a la esposa, una gitana húngara, de haberlo vampirizado, pero ella se dio buena maña en huir antes de que pudieran prenderla.

La historia de Carlostad no señala qué fue del hijo habido entre el renegado y la gitana. Sólo lo pinta como el prototipo del futuro vampiro, diciendo que nació provisto de cabello rojizo y dientes, que agotó a tres nodrizas sin nigún provecho y que gritaba cuando le tocaban; huraño, solamente se reía cuando pasaba alguna desgracia o cuando veía sangre. Antonio de Torquemada dice también haber visto a uno de estos niños, al que llama chupador, transformarse por la noche en mochuelo negro e introducirse en la habitación de los niños de la vecindad para chuparles la sangre.

Vampiros, gitanos y judíos

Ya en las postrimerías de la caza de brujas, el doctor Pedro de Valencia, en una larga memoria dirigida al cardenal inquisidor, manifestaba: «Algunas cosas que han confesado los brujos son ciertas, efectivas y reales, pero ejecutadas sólo por medios naturales; otras no suceden sino en la imaginación de los reos, como los sueños del dormido, los fantasmas del demente y los delirios del enfermo. Pero creen haberlas verificado y, por eso, los arrepentidos las confiesan de buena fe; otras, finalmente, no se realizan ni aun se imaginan, pero las cuentan como tales algunos brujos para dar mayor valor a sus historias...»

Esta primera visión objetiva de una situación tan deteriorada es el principio del fin de los procesos por brujería. En efecto, con Pedro de Valencia, médicos, teólogos y jurisconsultos advierten que «desarreglada la imaginación de quien abraza la iniquidad con placer, sueña después que han intervenido medios diabólicos en sus propias acciones naturales y así se lo creen». Las drogas, en efecto, los ungüentos, la misma sugestión, son factores suficientes para «desarreglar la imaginación» y llevar a la bruja en volandas hasta la orgía.

Beleño, estramonio, culantrillo de pozo, belladona, cannabis, opio y polvos de cantárida eran los principales componentes del ungüento de las brujas, el cual, aplica-

do con preferencia en las corvas o, para mayor rapidez en su efecto, sobre la lengua u otro tejido mucoso, servía para transportarlas a la asamblea. Todo se reducía, pues, al menos para parte de ellas, a alucinaciones motoras y sensitivas tales como las que hoy pueden producir otras drogas estupefacientes. Realizadas sus fantasías oníricas, al recobrar la lucidez, por poca sugestión que se ejerciera sobre ellas, no les sería difícil figurarse que todo había sucedido realmente.

Ésta no es, sin embargo, razón suficiente para explicar el vampirismo que a veces se practicaba entre los brujos. Ciertamente, el vampirismo no es siempre una alucinación individual o colectiva. La historia recoge datos concretos al respecto: Gilles de Raiz, la condesa Bathory, John Haig... Hay que buscar al vampiro en motivaciones mucho más profundas del alma humana que en la simple sed hemática.

En el siglo pasado, hasta que los doctores Charcot y Richet publicaron las experiencias de sus estudios, la neurosis histérica o posesión diabólica seguía siendo considerada no como una enfermedad sino como una perversión del alma causada por la malévola acción del demonio.

Es curioso constatar cómo, en el síndrome del *aura histérica*, los síntomas que preceden al ataque coinciden con los fenómenos que sufre el individuo al ser vampirizado, según los ha vulgarizado la literatura del género: dolor en los ovarios o en los testículos, contracciones en el epigastrio, palpitaciones cardíacas, sensación de ahogo y de estrangulamiento, zumbido de oídos, sensación de golpeteo doloroso en la región temporal, nublamiento de la vista y, finalmente, pérdida del conocimiento.

Analizando el fenómeno del vampirismo, vemos cómo el mismo adquiere mayor virulencia en el centro de Europa, justamente en zonas geográficas donde el hombre de raza u origen judío se ha insertado de una forma más o menos artificial en la sociedad. Las contradicciones se hacen manifiestas en la génesis de toda leyenda y, en el caso de los vampiros, son verdaderamente notables. Observamos cómo el semita, cuando come carne, exige que previamente haya sido limpiada de toda gota de sangre; vemos cómo el rabino de las pequeñas comunidades sacrifica personalmente los animales destinados a la alimentación y, cuando no lo hace en persona, verifica que cuantos alimentos consuma su comunidad sean auténticamente *kasher*, es decir, elaborados por hermanos de raza y religión. Y no obstante, pese a este aparente horror del judío por la sangre, él es el primero en ser acusado de vampiro. ¿Por qué?

Contrariamente a las apariencias, en efecto, la sangre ejerce una poderosa atracción entre los judíos. La mujer está prácticamente proscrita de la vida religiosa y social durante su estado de *nidda* y, previamente a la boda, su ropa íntima será examinada (al menos simbólicamente) por el rabino hasta constatar que las manchas de sangre se reducen al tamaño de un guisante, en cuyo momento autorizará la unión. El mismo baño ritual, en evocación del de Betsabé (atestiguado éste por siete graves rabinos), no tiene nada que ver con el baño de Venus, pero es un rito lleno de esa sensualidad que impregna la atmósfera judía hasta en sus relaciones más naturales. El sensualismo debe ser entendido aquí no como algo pecaminoso sino, simplemente, como el calor humano de sus relaciones, sensualizando sus alegrías más íntimas, que les preserva contra la animadversión exterior.

Al judío puede atribuírsele todo. Si él dispone de un chivo emisario sobre el que descargar sus culpas, el *goy* o no judío dispone de otro chivo donde descargar sus pecados: el propio judío. Ese «sucio hebreo» de la Europa central, ya sea un orondo banquero o un hombrecillo hambriento y acosado, representará la misma cosa a los ojos de todos: el temor a la revancha. Un temor situado, quizá, más allá de la muerte.

De vez en cuando resuenan elaborados y artificiosos gritos de alarma. A comienzos de siglo, los *Protocolos de los sabios de Sión*, el panfleto de la policía del zar en el cual se revelan los planes de subversión sionista para acceder al dominio total del mundo, se emparentan con el documento que en 1861 circuló por toda Europa reproduciendo un discurso pronunciado en la sinagoga de Praga por el gran rabino Reichhorn, en el cual se anticipaba el mismo plan de dominación. En 1849 circuló también, escrita en provenzal, una carta del «gran rabino de Constantinopla» dirigida al «rey de los judíos de Arlés», con sabrosos consejos para corromper al cristianismo. Y, años antes, en 1787, en una muy probablemente imaginaria declaración de Franklin al Congreso de Estados Unidos, se prevenía al país contra una invasión judía.

El antisemitismo latente en Europa hizo replegar a los judíos en el interior de los *ghettos*, pero ellos no se sentían confinados en un barrio aparte. Es precisamente la separación lo que les preserva contra el proselitismo cristiano y los matrimonios mixtos. Los judíos ortodoxos de Rusia, Austria, Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Rumanía, incluso veían en la persecución el mejor medio para salvaguardar los principios de su fe. Nadie mejor dotado que el semita, en efecto, para sacar partido de la desgracia.

Durante estos períodos, cuando la presión se hacía insostenible, los rabinos y personajes más importantes de los *ghettos* no tenían más remedio que huir y ocultarse en una tierra áspera pero segura: los montes de Transilvania. A veces, no les era posible regresar durante años y muchos de ellos morían en el exilio, pero «una lámpara perpetua brilla sobre sus tumbas, donde los fieles rezan en demanda de gracia y milagros».

Por su vida nómada durante estas épocas, los perseguidos se confunden a veces con los gitanos e, incluso, uniéndose a ellos, viajan por toda Europa llamándose, ya sea gitanos, *gydams heydens*, vizcaínos o egipcios. Su origen se pierde en simples conjeturas, pues hay quien los sitúa en Asiria, en Cilicia, en los montes del Cáucaso y en la antigua Caldea. Estos nómadas, que sin estar absolutamente diferenciados en otras etnias, son, sin embargo, identificados y acusados como portadores de los males que periódicamente van asolando a Europa, sobre todo a partir de la peste del 1343, cuando el pueblo tiene necesidad de personalizar en un agente extraño el mal que sufre. Surge entonces una leyenda apocalíptica, la del Judío Errante, personaje imperecedero, portador de horrores, mensajero de muerte y miseria. Condenado a andar y vivir hasta que el mundo acabe, Anshevero expía así su crimen y al mismo tiempo simboliza al pueblo sin patria que, desde la destrucción de Jerusalén, se ha visto forzado a caminar en busca de la Tierra Prometida.

Fueron los judíos quienes pidieron la crucifixión de Jesús. Los romanos les ofrecieron el indulto y, con escarnio, los escribas lo aplicaron a un malhechor. Y cuando, camino del Gólgota, Cristo ya no puede con el peso de la cruz y trata de apoyarse en el quicio de la puerta del zapatero Anshevero, quien además de ayudar a su madre

a planchar la ropa de los levitas servía de portero en casa de Pilatos, se lo impide gritándole: «¡Anda, anda, que ya te falta poco!»

«Yo descansaré pronto y tú andarás eternamente». Apenas dichas por Cristo estas palabras, Anshevero empezó a caminar. Nada podía detenerle. Al cabo de dos siglos, decidió morir y advirtió con espanto que le era imposible. Se lanzó a las más temibles batallas, mezclándose entre los combatientes; cuidó a los apestados y a los leprosos; probó los más rudos y los más sutiles venenos. Pero era invulnerable a todo. En su desesperación, trepó hasta la cima del Etna para arrojarse a las llamas, pero, enfurecido, el volcán lo arrojó lejos de sí. Arrebatando la espada a un soldado, se hirió salvajemente y la sangre apenas goteó de la herida abierta. Recorre el desierto y la selva, pero los leones y los tigres huyen al verle; los cocodrilos tuercen la marcha y hasta los elefantes, a cuyo paso se arroja, saltan para no aplastarle.

Todos rehúsan darle asilo y apiadarse de él. Solamente unas cándidas religiosas inglesas, viéndole tan maltrecho, se apiadan, le ayudan y rezan por él. Gracias a aquellas oraciones puede conseguir unos días de tregua, pero, corroído por los remordimientos, revela la verdad a las monjas y tiene que reemprender la marcha.

Poco después de la estancia de Anshevero en su convento, las religiosas sienten los primeros síntomas de la vampirización y, una tras otra, sus vidas se consumen en pocos días. Todos recuerdan entonces que, poco antes de la funesta aparición del mal, las hermanas habían socorrido con sus limosnas y oraciones a un vagabundo que pasó un tiempo en aquellos santos lugares. A partir de aquel momento los habitantes de las aldeas vecinas miran con prevención a los nómadas, cualquiera que sea

su especie. Un sentimiento que se ancla en el subconsciente colectivo y persiste de generación en generación.

Símbolo el Judío Errante de la diáspora de su pueblo, es forzoso que se atribuyan a éste los pecados de aquél. Proscritos todos los vagabundos, judíos y gitanos, todos los nómadas buscan refugio en lugares agrestes en cuanto aparece la peste o cualquier otra epidemia. La tradición los hace habitantes trogloditas de las grandes cuevas, que tanto abundan por los montes de Alemania. Aseguran las leyendas que todas ellas se comunican por galerías subterráneas pacientemente excavadas, lo cual dudosamente puede ser cierto puesto que los judíos, tan amantes de la tradición, hubieran sin duda encontrado refugio en ese dédalo subterráneo, de existir realmente, durante la persecución hitleriana.

Judíos y gitanos no aparecen en las urbes alemanas hasta que comienza la guerra de religión, lo cual les hace situarse en un discreto segundo plano que les permite pasar inadvertidos. Pero tantos años de inmovilidad invitan al camino y se lanzan a él «diciendo la buenaventura y adivinando el porvenir con la inspección de la mano. Eligieron entre ellos un jefe, llamado Zundel, y como precisaban decir el motivo que les traía a Alemania y puesto que podrían preguntarles a qué religión pertenecían, convinieron en manifestar que sus padres poblaron en otro tiempo Egipto, los que eran verdaderos judíos, y que sus antepasados habían sido desterrados de aquel país...»

El egipcio o gitano se transforma en *gipsy* en Inglaterra y, curiosamente, contra lo que cabría esperar de su habitual xenofobia, obtiene una benévola acogida. Es asimismo interesante constatar cómo algunos filosemitas buscan la etimología de la voz «sajón» o *xaxon* en la co-

rrupción de la denominación de «hijos de Isaac» o *Isaac-Sons*.

Bohemios, húngaros, egiptanos o gitanos, deambulan por Europa dedicándose, bien a decir la buenaventura o a echar las cartas, bien a la venta ambulante de quincallería. No se integran en la sociedad, ellos mismos se marginan, y el pueblo les teme. Especialmente al hebreo, al que se identifica más fácilmente con el vampiro. Un detalle que apenas viene expresado en la leyenda, oculto bajo el velo del puritanismo (lo mismo que cualquier implicación de tipo sexual) es, sin embargo, altamente significativo. Era la comprobación de si el cadáver del reputado como vampiro aparecía circuncidado. El ritual de algunos rabinos al seccionar el prepucio del niño recién nacido con los dientes, se asemeja, en su imagen, al de las brujas navarras sorbiendo vampíricamente la sangre de los infantes por el seso.

Mientras en el continente los circuncisos intentan ocultar su íntima e infamante mutilación a los recelosos cristianos viejos, llegando incluso a «reprepuciarse», operación que al parecer acometió con éxito Ambroise Paré en más de una ocasión, la anglicana Albión da timbre de nobleza a los Curtis (literalmente, «recortado», «circundido»). Pero la paradoja no acaba aquí. Con el sambenito de vampiro a sus espaldas, serán los judíos, a partir del *Drácula* de Bram Stocker, quienes exploten comercialmente el mito.

Hallar utilidad a las cosas contrarias a su naturaleza es un rasgo de personalidad que el judío tiene a gala poseer. Tantas dificultades y penas a lo largo de los siglos, además de afinar su instinto de conservación, han agudizado su ingenio para no perder en ninguna circunstancia. El mismo mito del ajo como preservativo ideal con-

tra el vampirismo, ilustra más si cabe esta paradoja. En efecto, si atribuimos a los judíos la génesis del vampirismo europeo moderno, el probado talismán del ajo o de su flor no puede tener la menor utilidad.

Desde hace siglos, las distintas razas se atribuyen unas a otras un husmo particular. Durante la esclavitud en Egipto, el pueblo de las pirámides despreciaba a sus cautivos israelitas por comer cebollas del Nilo y, con desdén, les llamaban lotófagos. Cuando la cólera de Jehová envió las plagas y los israelitas se vieron obligados a cruzar el mar Rojo a pie enjuto, muchos de ellos lamentaban tener que prescindir en su dieta, a partir de entonces, de aquellas olorosas cebollas.

Pero no es a cebolla a lo que huelen los hebreos, sino a ajo. Este husmo que también se atribuye a los chinos y a algunos pueblos de las riberas del Mediterráneo, encuentra en los judíos su más ferviente vehículo. El característico *foetur judaicus* lo advirtió Marco Aurelio cuando cruzaba Palestina camino de Egipto. «¡Oh marcómanos, oh cuados, oh sármatas, esta gente es peor que vosotros!», exclama el emperador romano al olfatear aquel hedor que los cultos historiadores de la época se apresuraron a definir como *foetentium judœorum et tumultuamtium*, olor característico, por otra parte, del que los propios judíos se jactan puesto que, ya en el Génesis, cuando Isaac sin advertirlo bendice a Jacob creyendo que es Esaú (a causa del engaño urdido por Rebeca), dice el patriarca: «El olor de mi hijo es como el olor del campo que Jehová ha bendecido».

La predilección del judío por el ajo se manifiesta en la costumbre de colgar una ristra de ajos en la cuna del bebé. ¡El mismo relicario que los transilvanos usan para alejar a los vampiros!

Cíclicamente, judíos y cristianos se han visto como vampiros unos a otros. Lo cierto es que, sin embargo, debido a la humillación constante sufrida durante siglos, ha permitido al judío, como compensación tal vez, ahondar más que el cristiano en el arcano del subconsciente. Una aventura peligrosa puesto que el judío provee el mayor contingente de enfermos mentales, aunque también, y contrariamente, son judíos los más grandes terapeutas del espíritu.

«El año próximo en Jerusalén», musitaban los judíos al final de sus plegarias antes de ocupar la Tierra Prometida. La espera de siglos que supone ese ansiado «año próximo» no les ha impedido abrirse paso, o al menos tratarlo, en sus tierras de adopción. En el siglo V, el poeta Numantianus, prefecto de Roma, clama: «¡Plugiera al cielo que Judea no hubiera sido sometida! Por las guerras de Pompeyo y de Tito, el contagio de esta peste no abolida se extiende más lejos y, al cabo, la nación vencida oprime a sus vencedores». Perdido en sus musas, en realidad, Numantianus alude más al peligro que para Roma representa el naciente cristianismo, confundiendo a los seguidores del Hijo con los seguidores del Padre, cuando, con toda evidencia, no son los mismos.

Sometidos en todo el mundo desde la destrucción del templo de Jerusalén, es la Constitución americana la que reconoce, al fin, el libre derecho del judío a la ciudadanía y, poco después, la Revolución Francesa lo ratifica. Para el pueblo hebreo, la caída de la Bastilla y la destrucción del templo son símbolos complementarios. La toma de la prisión de la aristocracia francesa por el pueblo de París supone la emancipación de unas cadenas milenarias. «Desde la destrucción del templo no ha existido ninguna parte del cielo sin nubes, pero aquel 14 de

julio en París, su cielo nítidamente azul auspiciaba el triunfo de la libertad: primera piedra de la lenta reconstrucción del templo.» Su alegría no dura mucho, pues el Código Napoleón los proscribe de nuevo y es a partir de aquí cuando el rol del vampiro cambia de manos, pasa el canal, y un nuevo intérprete toma el relevo.

En la identificación del vampiro no solamente interviene el posible olor que puede exhalar, un hedor que se confunde con aquél en el cual el judío cifra su orgullo. El doctor Gans, célebre jurista berlinés del siglo XIX, afirmaba que «de nada sirve el bautismo ni el cruzamiento; aún en la centésima generación seremos tan judíos como lo fuimos hace 3.000 años. No perdemos el olor de nuestra raza ni por décuplo cruzamiento, nuestra raza predomina siempre; de cualquier raza que sea la mujer que se case con un judío, parirá judíos...»

El hebreo, en efecto, se envanece del pretendido olor que aleja a los vampiros. «¿Para qué ocultarlo? Por más cariñosa amistad que os profesemos, los cristianos oléis mal. El judío más sucio tiene para nosotros un olor delicioso; huele a nuestra raza aunque haya sido cincuenta veces cruzado o bautizado.»

En las permanentes dudas por identificar no al vampiro, sino al vampirismo como fenómeno sociológico, la confusión se prolonga todavía más allá. Cuando la Gestapo desencadenó su odiosa persecución, la propaganda antisemita de Goebbels (judío a su vez, según algunos) declaraba que «toda Europa estaba bajo las garras del vampiro judío». Y mientras, Eva Braun, la amante del Führer, llevaba un apellido judío, la Sarfeti, la amante de Mussolini, era a su vez judía, lo mismo que la Lupescu (nombre que evoca la licantropía), la amante del rey Carol de Rumanía.

Fausto y otros vampiros

«Babel, la hija del mal, la impúdica meretriz, crece y prospera mientras que Sión está desierta», se lamentaban los israelitas contrastando el poderío de sus rivales con las miserias del pueblo elegido. Pero, «antes del día en que Jehová venga, las mujeres no parirán, la naturaleza cambiará sus funciones, el Sol se apagará, caerán las estrellas, las piedras hablarán, brotará sangre de los árboles...», presagia el Apocalipsis.

El vampiro, hijo del mal, es el mensajero que anuncia a la bestia apocalíptica. Su número cabalístico es también el 666, formado por signos tan retorcidos como los cuernos del morueco que simboliza al señor de los abismos. «¡Que la humanidad llore y las bestias se regocijen!», puesto que ellas son de mejor condición que los hombres, «cuya talla mengua y ya no tienen el vigor de los primeros tiempos. Han perdido su lozanía, como si su sangre se hubiera secado...»

Con ánimo revanchista, el egoísmo trascendental del hombre aspira, puesto que no puede igualarse a Dios y prolongar el soplo de la vida, al menos a animar los huesos del difunto y a preservar su carne de la corrupción. Si las ideas filosóficas de la dualidad humana y, en otro contexto, de la inmortalidad del alma, nacen engendradas por una situación de opresión o malestar social, los mitos que implican una revancha, entre los cuales puede

incluirse el del vampiro, nacen también para paliar un sentimiento de frustración y derrota. Este sentimiento puede aparecer como una conciencia colectiva, cuando una casta somete a otra, cuando una clase social somete a otra, cuando un pueblo somete a otro o, en forma individual, cuando un hombre se rebela contra la condena inapelable de la muerte. El paradigma de este segundo tipo de rebelión es el mito de Fausto.

Aunque sea Gutenberg quien se lleve los laureles de la invención de la imprenta, lo justo sería que los compartiera con aquellos otros personajes precursores de la invención: Lorenzo Costerl, Mentel, el abate Tritemio y, muy especialmente, el no por enigmático menos real doctor Fausto, pues no es aventurado pensar que fuera este último quien ideara la impresión con caracteres móviles.

Coinciden diversos relatos de la época en señalar que Juan Fausto, ciudadano de Maguncia, llegó un buen día a París y ofreció a Luis XI una Biblia que él dijo haber copiado con esmero para hacer de ella un presente al monarca. Quedóse el rey sorprendido de la regularidad y limpieza de los caracteres, tanto como de la igualdad y equidistancia de las líneas. Pidió permiso Fausto para copiar y vender libros en la ciudad de París y el rey, entusiasmado con el regalo, se lo concedió al punto. Pronto se pusieron a la venta en varios puntos de la villa una porción de libros análogos y, a medida que se iban vendiendo, eran sustituidos por otros enteramente iguales. Como obra tan perfecta se vendía a un precio relativamente módico, la venta era grande. Mas, por grande que fuese la venta, mayor era la prisa que se daba Fausto en reproducir los ejemplares. Por fin la cosa empezó a extrañar a algún copista de convento, quien llamó seria-

mente la atención a la justicia. La Universidad ordenó de inmediato una requisa general de todas las biblias. Llevadas ante el tribunal, revisadas y comparadas con celo, los clérigos del foro se quedaron atónitos: todas las copias eran idénticas. En aquellos enormes infolios las letras se correspondían con una exactitud matemática. Si una letra estaba torcida en un ejemplar, lo estaba en todas las correspondientes de los otros. Si era una palabra la equivocada, la equivocación se repetía en todos ellos de igual manera. La tinta era siempre homogénea, de un negro sorprendente. El rojo de las iniciales era de color de sangre, uniformemente intenso en todos los volúmenes. Entonces creyóse ver allí la garra del diablo. El bermellón era sangre humana; el negro, carbón del infierno. No cabía duda, el copista era un brujo. Se le mandó llamar, se le formó proceso y, como argumento de su complicidad con el maligno, se encontraron en su casa tantas biblias que una comunidad entera no hubiese podido copiarlas en cien años. Y Fausto vivía solo.

El tribunal lo sentenció sin apelación. Las pruebas eran concluyentes. Y ya estaban las buenas gentes de París reunidas en la plaza de La Grève, alrededor del montón de leña que los corchetes se disponían a prenderle fuego, esperando con creciente ansiedad a la comitiva que conducía al condenado, cuando se produce la sorpresa. Llega un emisario del tribunal y anuncia a la multitud que, al abrir el calabozo de Fausto para cogerle y llevarle a la hoguera, encontraron la mazmorra vacía. El brujo había volado. El diablo no podía permitir que el invento de la imprenta se perdiera con Fausto.

Y, como suelen suceder estas cosas en la realidad, parece ser que fue el propio Luis XI quien preparó la fuga del maguntiano Fausto, pues el doctor, al contrario

de los rumores que corrían por París asegurando que él, su mujer y su hijo habían sido estrangulados por el diablo, no tardó en reaparecer en Maguncia, donde con su cuñado Schoeffer pasó los meses siguientes perfeccionando la imprenta.

Trabajo que no duró demasiado, pues las supersticiosas gentes de Maguncia comenzaron a reparar en que por las noches, en casa de Fausto, «entraban cautelosamente algunos hombres echando enseguida los cerrojos de las puertas. Luego oíanse en su interior chirridos espantosos, ruidos incomprensibles; de la chimenea salía un humo negro y denso, cual si por ella tuvieran un respiradero las tinieblas del Averno. Y no faltó campesino que dijera haber visto, a través de un tragaluz, brillar en la oscuridad el ojo fosforescente del diablo, ni fraile que afirmara que habitaba en aquella vivienda un monstruo salido de las riberas cenagosas del Rhin, de dientes de metal, que se alimentaba de negro de humo, resinas y trapos, los cuales vomitaba luego en forma de hojas de libro...»

Por supuesto, la reacción no se hizo esperar. Las turbas devotas, excitadas por sus confesores, asaltaron los talleres de Gutenberg y Schoeffer destrozando herramientas y materiales. Todos los rollos, hojas, crisoles, moldes de caracteres, fueron, dice Gener, «arrojados al Rhin, cuyas aguas bendijo un clérigo para que arrastraran al fondo del mar las mutiladas máquinas diabólicas, de donde no pudieran salir nunca. Lo que el pueblo había visto en aquellos talleres infernales era horrible. Las Santas Escrituras estaban oprimidas entre tablas de madera por una tuerca, como para hacerles sufrir el martirio, y en una plancha negra observaron los textos sagrados, grabados al revés, tal y como debe escribir el diablo.»

Gutenberg, Schoeffer y Fausto, con los demás cómplices de su imprenta, tuvieron que emigrar de Alemania para salvar el pellejo. Y es a partir de este momento cuando comienzan a tejerse las leyendas alrededor de Fausto, a quien la imaginación popular pronto lo presenta como un brujo que decíase contemporáneo de los héroes griegos y que evocaba las almas de los difuntos. El abate Tritemio, efectivamente, apunta estos datos, y posteriores crónicas monacales establecen que Fausto estudió en la Universidad de Cracovia, que era hábil en toda clase de magias, y que era un *scolasticus vagans*, es decir, una especie de sabio vagabundo. Añaden tales crónicas que Fausto se titulaba a sí mismo *Philosophus philophorum*, *Fons necromanticorum*, *Chiromanticus*, *Magus secundos*, *Agromanticus*, *Pyromanticus*, y que tenía un perro y un caballo «tan inteligentes que nadie podía dejar de comprender que eran demonios metamorfoseados en bestias».

Veremos más adelante, en torno a la licantropía, las historias de los perros de Agripa y Fausto. A este último, la Universidad de Erfurt le permitió instituir un curso sobre Homero. Y aseguran las crónicas que hizo aparecer a algunos personajes de la *Ilíada* y de la *Odisea* a sus discípulos, a los que aterrorizó terriblemente el día en que evocó al gigante Polifemo.

La figura de Fausto, tema de inagotable seducción literaria, fue utilizada primeramente por Willman, quien en el año 1561 escribió la *Historia prodigiosa y lamentable del doctor Fausto con su espantosa muerte*. Más adelante, Christopher Marlowe pondría la vida de Fausto en drama y, Goethe, reiteraría el tema.

Aunque Fausto no aparezca en estas tres obras con el ropaje habitual del vampiro, no por ello, sin embargo,

deja de serlo. Es el perro de aguas de la leyenda quien lo vampiriza al salir del estanque. Y es Fausto a su vez quien vampiriza a la bella Margarita. Pero su dicha no dura. Las malas artes de Mefistófeles le hacen perder a su amada y el diablo se divierte haciendo aparecer los rasgos de la doncella en otras mujeres: la diablesa Lilith, en primer lugar; luego la legendaria Medusa, cuya mirada «hiela la sangre y el hombre que se atreve a resistirla corre el grave peligro de quedar petrificado». Así lo advierte a Fausto el burlón Mefistófeles en el drama de Goethe, pero aquél no puede sino buscar en Medusa la sombra de Margarita, de cuyo seno bebió la primera sangre. «En realidad, sus ojos parecen los de un muerto que no han sido cerrados por ninguna mano amiga. Pero con todo, aquél es el seno que me entregó Margarita, el cuerpo en el cual he gozado...»

Cuando Fausto va a liberarla, Margarita espera en su calabozo la hora de la ejecución y entona una amarga cantinela:

Mi madre
me ha asesinado;
mi padre
me ha devorado.
Mi hermanita,
¡pobrecita!,
me ha enterrado en duro suelo...
Pero yo he resucitado:
¡en ave me he transformado
y me he remontado al cielo!

Por su parte, verdadero necrófago, Fausto se complace y se conforma en un principio en reencarnar a las

más hermosas mujeres de todos los tiempos, usando de los diabólicos poderes que Mefistófeles le ha otorgado. Resucita para sus negros y lúbricos placeres a Elena, a Aspasia, a Lucrecia, a Cleopatra. Pero aquellos fríos mármoles, pese a la perfección de su belleza, no consiguen borrar de su mente el recuerdo del seno ensangrentado de Margarita.

En la diversidad de matices que confluyen en el necrosadismo, aparece siempre un rasgo de fetichismo: la sangre. En cualquier manual de psiquiatría, pueden hallarse casos que evoquen la perversión de Fausto. El doctor Craven relata el caso de una lesbiana de treinta años obsesionada por el deseo acuciante de «besar los senos de una jovencita sujeta y sumisa; luego se los despedazaría con mis dientes y los comería..., sentiría su calor... Bebería su sangre en el hueco de debajo de la oreja...». Otra mujer, según testimonio de Krafft-Ebing, en su delirio erótico se creía transformada en vampiro y así lo confiesa a su psiquiatra: «Soy un vampiro. Aparezco durante la noche y sorbo la sangre de los vivos por una herida cerca de su cerebro. A veces tengo la sensación de que un vampiro bebe mi sangre y con ella todo mi aliento de vida...»

Como ha demostrado Magnus Hirschfeld, la fascinación que la sangre ejerce es como un vino enbriagador donde se mezclan voluptuosidad y crueldad. Este carácter, en efecto, se hace patente en todos los relatos de vampiros. No en aquellas historias cinematográficas en las cuales el vampiro, como un negro caracol, lleva su ataúd consigo allá dondequiera que vaya, sino en aquellos otros relatos menos conocidos y, posiblemente, más reales. Una ilustración de estos casos sería el que cita Opdemer, el cronista de Amberes, aunque quizá sea aún más signifi-

cativa la historia de Blendeau en torno a su encuentro con el conde Hugo el Negro.

Estas historias quedan teñidas aún por la leyenda, desvirtuando una total garantía de veracidad, pero otras, desgraciadamente, no pueden ser más verídicas. El rasgo común en todas ellas, reales y no tan reales, es la fascinación dominante de la sangre. Ya no se trata aquí de una compulsión erótica que lleva al beso a convertirse en un mordisco sádico, sino de algo más profundo. La atracción de la sangre, que en personas normales deriva hacia cauces más a o menos disimulados, como podrían serlo espectáculos tales como el boxeo o los toros, se manifiesta en otros como un definido e insaciable apetito morboso.

Tal sería, por ejemplo, el caso de la famosa condesa Erzsébet Bathory, la castellana de los Cárpatos que moría en 1614, a los cincuenta y cuatro años de edad. Célebre en toda Hungría por su belleza y la grandeza de su nombre, la condesa Bathory estuvo recluida los tres últimos años de su vida en la fortaleza de Csjetha por decisión de la justicia. Los motivos del proceso por el cual la condenaron a permanecer encarcelada de por vida, no fueron revelados hasta el año 1908. No fue, pues, hasta comienzos del presente siglo que se supo que «la condesa sangrienta» había asesinado nada menos que a seiscientas diez muchachas. La Gilles de Rais húngara, en efecto, en su castillo de los Cárpatos y en su residencia de Viena, se complacía tan sólo en torturar a jovencitas, siempre las más hermosas, y bañarse en su sangre.

La absorción de dicho líquido, ya sea por contacto cutáneo o por ingestión directa, supone el rasgo dominante de aquellos monomaníacos homicidas conocidos popularmente bajo el nombre de *destripadores* y cuya

más fiel ilustración sería el inglés Jack (y según algunos duque de Albany), el misterioso asesino que, justamente cuando se conocieron en Europa los horrores de la condesa húngara, aterrorizaba a las prostitutas del East End londinense.

Lombroso fue el primero en observar en la mayoría de los asesinos sádicos, además de notables rasgos patológicos heredados, deformaciones cerebrales debidas a adherencias tumorales o a lesiones provocadas por afecciones meníngeas. Algunos de estos criminales, sin embargo, examinados por neurólogos, no han revelado en absoluto rasgos patológicos y no obstante han alcanzado celebridad por sus mutilaciones sádicas, sus coitos *post-mortem* y por la ablación de órganos de sus víctimas, robados de sus cuerpos para extraer de ellos un ulterior y solitario placer.

En algunos casos aislados, por otra parte, parece estar abolido el instinto sexual del asesino. Tal es el caso del vampiro Vetzeni, estudiado por Lombroso, y que declaró al ser arrestado: «Yo no estoy loco, pero en el momento de degollar no veo nada más. Después de la perpetración del acto, me quedo satisfecho y me encuentro bien. Pero nunca se me ha ocurrido tocar o mirar las partes genitales de mis víctimas. Me es suficiente abrirles el cuello y chupar la sangre. Todavía no sé cómo está hecho el cuerpo de una mujer. Mientras la degüello, me pongo sobre ella y le voy sorbiendo la sangre, sin fijarme para nada en una parte de su cuerpo más que en otra...»

Vampirología

Evers, el novelista amigo y confidente de Hitler, sostuvo en una conferencia que todos los vampiros son de raza judía, puesto que quedan investidos como tales por el rabino en el acto de la circuncisión. Esta tesis, sostenida en tiempos de furibundo antisemitismo, no podía sino ser aplaudida por una masa que no ignoraba que la ceremonia de la iniciación religiosa judía supone un triple ritual: circuncidar, desgarrar y sorber.

En efecto, la circuncisión se practicaba en las sinagogas de acuerdo con una ceremonia que hoy se ha hecho más simbólica, pero no menos cruenta. Presentado por el padrino, el neófito era entregado al rabino circuncisador, el cual se sentaba en un sillón junto a otro que permanecía vacío, destinado simbólicamente al profeta Elías. Situados los hombres a un lado y las mujeres a otro, daba comienzo la ceremonia. Tras lavarse las manos, el rabino desnudaba las piernas y el vientre del bebé. Luego, poniéndole al niño un chupete en la boca, tiraba del prepucio y lo cortaba de un solo y limpio mordisco. La piel era escupida en una taza con arena y, con las uñas, el circuncisador descubría el glande y a continuación le recortaba la piel con una tijeras. El último rito, la aspiración, era efectuado mediante un tubito de cristal acoplado al pene. Sorbida la sangre, el rabino la escupía en la misma taza donde antes había echado el prepucio.

El tubo de cristal es de adopción relativamente reciente, pues Montaigne relata que vio en Roma circuncidar a un niño y dice que el rabino sorbió directamente y que luego, aun después de haberse enjuagado la boca con vino, tenía «los labios ensangrentados».

Estas prácticas, que hábilmente explotadas por la propaganda podían inducir a los fanáticos nazis a considerar a los judíos bajo los rasgos más siniestros, en modo alguno sirven para explicar el origen del vampirismo. Pero si resulta difícil saber cómo el hombre deviene vampiro, es fácil, por el contrario, identificarlo: los suicidas, los brujos, los excomulgados, aportan el mayor contingente. Otro porcentaje importante lo forman aquellos niños que nacen provistos de abundante pelo, sobre todo si es rojizo; los que nacen con una característica mancha roja que asemeja el pico de un ave de presa; o aquellos otros que vienen al mundo ya con dientes; y también los que, aunque de aspecto normal, agotan rápidamente a sus nodrizas. Deben incluirse asimismo en este cuadro, además de a los excomulgados por sus actos y a los estigmatizados por su nacimiento, a las personas que tienen las cejas juntas: señal inequívoca también de vampirismo.

Pero si aún así el vampiro no es cejijunto, si no tiene el estigma del nacimiento o no ha sido anatematizado, podemos, no obstante, reconocerlo con sólo prestar un poco de atención: su cuerpo no se refleja en el espejo y, en su presencia, los perros aúllan lúgubremente. Otro método infalible para distinguir al vampiro es aquel que reveló a dom Calmet un comunicante anónimo, pero «hombre muy honesto».

Este comunicante al que alude Calmet era el modesto corneta de una compañía destacada en el Banat de Temesvar y, como relata él mismo según la transcripción

del fraile dominico, sucedió que dos caballeros de su destacamento murieron tras haber padecido idénticos síntomas, a saber: languidez, pérdida del apetito, brusco adelgazamiento y consunción progresiva que les llevó a la tumba en menos de dos semanas. La epidemia vampírica parecía a punto de propagarse, pero, afortunadamente, un cabo de la compañía ejecutó el remedio que los campesinos valacos de la zona empleaban para detectar a los vampiros y librarse de su nefasta presencia:

«Se escoge a un muchacho en edad de no haber hecho uso de su cuerpo, es decir, al que se crea virgen. Se le hace montar a pelo sobre un caballo que nunca haya sido ensillado, de color enteramente negro, y debe pasear por el cementerio de forma que cruce por encima de todas las fosas: aquella sobre la cual el animal se resista a pasar, pese a los fustazos del jinete, será reputada como la de un vampiro. Abriendo esta tumba se encuentra un cadáver tan rollizo y tan sano como si fuera un hombre feliz dormido tranquilamente. Se le corta el cuello de un hachazo y saldrá la sangre, hermosa y bermeja, brotando en cantidad. Cualquiera creería estar ante un hombre más sano y vivo que los que hay a su alrededor. Hecho esto, se llena la fosa y puede asegurarse que la enfermedad cesa y que todos los que habían sido atacados por ella, recobran las fuerzas poco a poco, como las gentes que escapan de una larga enfermedad y que han sido terriblemente extenuadas...»

Cualquiera es libre, por supuesto, de creer o no en los vampiros, seres que según los vampirólogos de salón muestran su realidad por su no existencia, pero, cuidado, porque «si hay en el mundo una historia garantizada y probada —nos dice Juan-Jacobo Rousseau—, es la de los vampiros. Nada falta en ella: informes oficiales, testi-

monios de personas de calidad, actas de cirujanos, de sacerdotes, de jueces. La evidencia no puede ser más completa».

Dom Calmet coincide en la misma idea que Rousseau, pues dice en su relación sobre los *Vampiros de Hungría y sus alrededores*, que la existencia de tales monstruos, llamados indistintamente vampiros o upiros, no pueden ponerse en duda, pues se cuentan de esos aparecidos «tantas y tantas particulares singularidades, tan detalladas y revestidas de circunstancias probadas, además de venir acompañadas de informaciones jurídicas de probado crédito, que no se puede casi rehusar a la creencia de que en esos países tales aparecidos deben salir realmente de tumbas y producir los efectos de todos conocidos».

Expone el benedictino, en efecto, varias hipótesis para probar el retorno y la aparición de los vampiros. Ciertamente, aunque algunos pongan en duda o nieguen la realidad de estos fenómenos, no es menos real que algunas gentes enterradas y tenidas por muertas, no lo estuvieran de hecho y pudieran salir por sus propios medios de la sepultura. Además de estos catalépticos-vampiros, hay otros que sí estaban muertos de verdad, pero a éstos «Dios, con un permiso u orden particular —asegura dom Calmet—, les permite u ordena regresar por un tiempo a su propio cuerpo, lo cual ha podido comprobarse porque *cuando se les exhuma, se encuentra el cuerpo entero, la sangre bermeja y fluida, y sus miembros ligeros y manejables*». Y añade el sabio dominico que a estos seres podría considerárseles como aparecidos; en realidad, son auténticos vampiros cuando, en lugar de volver a la vida por orden divina, lo hacen por instigación diabólica.

Al margen de las dos últimas categorías, en cuanto a la del vampiro en sí, la explicación del monje benedicti-

no no es demasiado convincente puesto que todos aquellos hombres que por una u otra circunstancia han sido enterrados vivos y han podido salir de la tumba, no han observado un comportamiento vampírico.

El primero de estos casos del cual hay noticia es el del emperador Zenón, muerto en su lecho tras haber sufrido un ataque epiléptico, circunstancia que aprovechó la emperatriz para enterrarlo sin demora. Plinio, en su *Historia Natural*, refiere los casos similares de Avícula, Lucio Lamia y Celio Tuberon. En éstos y en otros muchos sucesos, el enterramiento practicado por error fue sin duda consumado por razones políticas. Duns Scoto, el *doctor subtilis*, parece ser que también fue enterrado vivo. Y asimismo lo fueron, según se dice, Espínola, el ministro de Felipe II, el cardenal Mazarino y el abate Prevost, afirmándose incluso de estos tres últimos que se despertaron durante la autopsia a que fueron sometidos.

El doctor Winslow, en 1740, estableció una lúgubre estadística en la cual, en efecto, no se menciona para nada a los vampiros. Entre los casos por él examinados, Winslow asegura que cincuenta y dos personas fueron enterradas vivas, cuatro de ellas abiertas antes de su muerte real, ciento tres devueltas espontáneamente a la vida después de haber permanecido en su ataúd y otras setenta y dos reputadas como muertas sin estarlo realmente. Hoy, cuando juristas y médicos discuten sobre el diagnóstico exacto de la muerte a fin de resolver con justicia la problemática que el transplante de órganos plantea, no puede sorprendernos demasiado que en otras épocas se hayan cometido frecuentes errores enterrando a personas que realmente no estaban muertas. Gracias, sin embargo, a los primeros trabajos de Winslow y a los ulteriores

de Thierry, Hufeland y Mani, desde finales del siglo XVII se establecieron por toda Europa los depósitos de cadáveres bajo la divisa de *mortis dubiæ asylum* para evitar el riesgo de inhumaciones precipitadas, incorporándose al mismo tiempo en las distintas legislaciones determinados plazos legales antes de proceder al enterramiento del cuerpo.

En la *Magia Posthuma* de Fernando de Scherts, impresa en Olmutz en 1706 y dedicada a Carlos de Lorena, se relata cómo en una villa bohemia, cuatro días después del entierro de una mujer que había recibido los santos sacramentos, los habitantes del lugar «oyeron un estruendo y un tumulto extraordinario, y vieron un espectro que se aparecía bien bajo la forma de un perro o bien bajo la figura de un hombre, pero no con un rostro o una identidad única, sino bajo varios rostros, y causaba grandes daños a los habitantes agarrándolos por el cuello, comprimiéndoles el estómago hasta sofocarles, y les rompía casi todo el cuerpo reduciéndolos a una debilidad extrema, de suerte que se les veía pálidos, enflaquecidos y extenuados...»

Una variedad entre los vampiros la constituye los que en vida llevan el estigma latente que les hace convertirse, a su muerte, en vampiros activos. Otra categoría la forman aquellos otros que son vampirizados por contagio, es decir, por succión, y que a su vez son capaces de vampirizar a los infelices que se pongan a su alcance, categoría ésta a la que don Calmet llamó archivampiros.

Otro vampirólogo, Michel de Raufft, en su obra *De masticatione mortuorum in tumulis*, atribuye a los vampiros una característica inédita: la de devorar en sus tumbas las mortajas que los cubren. Si alguien oye sobre una tumba el característico ruido de la masticación, no hay

duda de que aquélla es la tumba de un vampiro. Los casos de vampirismo recogidos por Raufft no difieren de los recogidos por dom Calmet, pero, sin embargo, Raufft es el primero que identifica al vampiro (en cuanto a su representación bestial) con el gigantesco murciélago, que él supone ser la legendaria ave *Stria*, aquella que se alimentaba de cadáveres y atacaba a los vivos para sorber su sangre.

El médico Gerard van Swieten, archiatra de Su Majestad la emperatriz María Teresa de Austria, en su informe médico sobre los vampiros, ponía en conocimiento de su soberana que, entre otras cosas, los cadáveres de los «brujos póstumos o vampiros» no se pudren en las tumbas sino que, por el contrario, se conservan enteros y ágiles, y que tales vampiros o practicantes de la magia póstuma inquietan a los vivos mediante «rumores y sofocaciones».

No obstante, el doctor Van Swieten admite que no todos los llamados vampiros son tales, pues, aproximadamente un tres por ciento de los cadáveres enterrados no sufren el natural proceso de putrefacción. Esto puede ser debido a la conjunción de diversas circunstancias: empleo de un ataúd forrado de plomo y sellado, que la tierra de la tumba sea muy compacta y permanezca helada la mayor parte del año y, también, la particular composición de la tierra sobre la cual haya sido excavada la tumba.

Podríamos multiplicar los ejemplos de vampiros y archivampiros. La documentación al respecto es tan amplia como su falta de originalidad y su monótona reiteración formal, procedan las historias de aquí o de más allá, pero siempre de zonas centroeuropeas bien determinadas. Pero lo sorprendente, decía Voltaire, es que se

se llame vampiros a esas criaturas maléficas de París o Londres, a esos pérfidos que sin estar encerrados en su ataúd, engordan a costa de la sangre de los infelices que caen en sus garras. Pero a éstos no debe buscárseles en los cementerios sino «en los más agradables palacios».

El escéptico podrá poner en duda la existencia de esas criaturas que viven tras la muerte y no le faltarán razones donde apoyar su incredulidad. ¿Cómo salen de sus tumbas si la tierra de éstas no aparece removida? ¿Cómo vuelven a entrar antes del amanecer sin que la tierra de sus huesas muestre tampoco la menor anormalidad? Si lo que desean es quedarse entre los vivos, ¿por qué no permanecer entre ellos en lugar de tanto entrar y salir? ¿Por qué esa predilección hacia sus allegados, con los cuales ha sido cariñoso en vida? ¿Cómo, si admitimos su realidad espiritual, no vuelven más cuando se les empala y se les quema?

Benedicto XIV, en una carta al arzobispo Leopoldo, acusa a los curas pusilámines de excitar el temor popular con historias de vampiros, aparecidos y fantasmas, y recomienda a su prelado no dejarse engatusar por las conclusiones pseudocientíficas de Van Swieten, pues, aunque «muy instruido, sólo nos enseña que la rubicundez de los cadáveres no obedece a otra causa que a una especie de tierra que los hincha y colorea».

Remite Benedicto XIV al arzobispo y a su obra sobre la canonización de los santos, en la cual establece taxativamente que la conservación de los cuerpos no debe ser considerada como un prodigio. En efecto, se cuida bien de no insistir sobre la incorruptibilidad del santo ya que la deducción contraria sería que la no putrefacción en la tumba de un hombre vulgar sería la obra del diablo. Y añade el Papa en cambio, señalando las direc-

trices del pensamiento que sobre esta cuestión deben guiar a todos los cristianos, que es «a vos, como arzobispo, a quien corresponde sobre todo desarraigar estas supersticiones. Descubrirá Su Eminencia, yendo a las fuentes, que puede haber sacerdotes que las acrediten a fin de ganar mayor ascendiente sobre el pueblo, naturalmente creyente, y hacerle pagar exorcismos y misas.

»Recomiendo, pues, a Vuestra Eminencia, interdecir expresamente, sin demora, a todos aquellos capaces de tal infidelidad, y os ruego también que intentéis convenceros de que son solamente los vivos quienes intervienen, y con error, en esta cuestión de los vampiros...»

Antes de acceder a la Silla de San Pedro, Próspero Lambertini, uno de los espíritus más brillantes de su siglo, ya en su artículo *Los vampiros a la luz de la ciencia*, había reiterado que tales criaturas y las acciones que a ellas se atribuyen, sólo existen en la imaginación y el miedo de la gente, puesto que «todo aquello que se relata como verídico en los vampiros, confirmado incluso de modo oficial por un magistrado, sin embargo, por más que se trate de cadáveres encontrados intactos, por más que la sangre parezca circular en su cuerpo, por más que las uñas les crezcan, por más que sus envolturas físicas sufran cremación y sus cenizas sean arrojadas al agua o al viento, son pruebas cuyo valor debe estar relacionado con el crédito que merezca el testimonio correspondiente. Es muy difícil creer en esa clase de resurrección de los muertos y en las acciones que se les imputan, ya que todo ello está lejos de haber sido, por el momento, demostrado. Por otra parte, esas historias sobre los vampiros han sido y son todavía consideradas por hombres de espíritu crítico solamente como ilusiones, fruto de unos sentidos perturbados.»

Vampirolatría

En el siglo XVIII estos «sentimientos perturbados» desataron una oleada emocional que azotó a Europa hasta llegar a incidir, después de haberse enraizado profundamente en el sentimiento popular, en la creación literaria. Goethe, con su poema *La novia de Corinto*, es el primero en explotar literariamente el tema relatando la historia de un joven que viaja de Atenas a Corinto. Vencido por la fatiga, el viajero se hospeda en una casa de la isla. Después de una cena frugal, se acuesta y, cuando ya está a punto de dormirse, ve como la puerta se abre y alguien entra en su habitación:

A la luz de la lámpara vio avanzar
en la habitación a una jovencita silenciosa y púdica,
cubierta con un velo y un vestido blanco,
la frente ceñida por una cinta negra y oro...

Ante la bella aparición, el sueño y el cansancio del joven se disipan. Ambos, el espectro y el hombre, quedan inmediatamente fulminados por el amor. Intercambian juramentos de eterna fidelidad, se ofrecen pruebas de su cariño, pero la muchacha se muestra vagamente inquieta hasta que

Suena la hora lúgubre de los espíritus,
y solamente entonces pareció sentirse cómoda.
Ávidamente, con los labios pálidos, ella bebió
el vino, de color rojo oscuro como la sangre.
Pero del pan candeal
que él le ofreció amablemente,
no tomó ni una pequeña miga.

Este detalle podría haber hecho recelar al joven, pero cegado por la súbita pasión, abraza estrechamente a la muchacha y, con avidez, ella

... aspira el fuego de sus labios,
y cada uno no siente sino vivir en el otro.
Ante el ardor amoroso del joven,
la sangre helada de la muchacha se atempera,
pero en su pecho el corazón no late.

¡Ay, la felicidad de los jóvenes es bruscamente interrumpida! Habiendo oído la dueña de la casa un ruido anormal en el aposento del huésped, se levanta e irrumpe airada en la habitación. Pero cuál no será su espanto al reconocer a su hija, muerta meses atrás, unida en inequívoco abrazo con el forastero.

Con voz tan firme como sepulcral, la hija vampiro acalla los reproches de su madre:

Una fuerza me saca fuera de la tumba
para buscar los bienes por mí probados,
para amar todavía al esposo ya perdido
y aspirar la sangre de su corazón.
Y cuando éste haya muerto,

deberé ponerme a la búsqueda de otros,
y mis jóvenes amantes serán víctimas de mi deseo furioso.

Hermoso joven, tus días están contados.
Vas ahora a morir de languidez en este lugar.
Yo te he dado mi collar;
llevo conmigo el rizo de tus cabellos.
¡Míralo bien!
Mañana tus cabellos serán grises,
sólo en tu tumba volverán a ser negros.

Escucha ahora, madre, mi última plegaria.
Haz levantar una hoguera,
abre la estrecha tumba donde yo me ahogo,
y da el reposo a los amantes entregándonos a las llamas.
Cuando surja la chispa,
cuando nuestras cenizas estén ardientes,
¡volaremos los dos hacia los antiguos dioses!

La alusión al paganismo que hace Goethe, junto con lo escabroso del tema, le valieron al poeta las más acerbas críticas. Su amigo Schiller intentó defenderle, pero ante el alud de amenazas que recibiera optó por un prudente silencio esperando que las tumultuosas aguas se remansaran. Todos olvidaron, al fin, pero no así Goethe, que en su *Fausto*, atraído de nuevo por el tema vampírico, no podrá dejar de pintar a Margarita con alguno de los rasgos del vampiro.

Sin embargo, pese a que Goethe haya sido el precursor, la paternidad literaria del vampiro cabe atribuirla a John-William Polidori, pues es él quien lo configura bajo los rasgos, los tics y el aspecto con los que la cinematografía, desde el primer *Nosferatu*, lo perpetúa.

Niño prodigio y adolescente excepcional, Polidori obtuvo el título de doctor en Medicina en Edimburgo, antes de haber cumplido los veinte años. Con su bagaje de ilusiones literarias, Polidori se traslada a Londres y consigue ser presentado a Byron. Al poeta famoso, rico y excéntrico, le cae bien el joven médico y le propone que le acompañe en un viaje que se propone hacer por el continente. Polidori acepta entusiasmado, pero, en su ardor juvenil, no ha caído en la cuenta de que lord Byron no tiene intención de llevarlo en calidad de amigo sino como médico, es decir, casi a modo de sirviente. Decepcionado, humillado, Polidori está a punto de rehusar la invitación cuando se percata de la naturaleza de la misma, pero al fin no se decide a renunciar a la compañía de aquel genio al que todos celebran y, sobre todo, después de haber conocido a Constanza, la hermana del poeta, Polidori decide acompañarle.

El ídolo que la imaginación juvenil de Polidori había hecho de Byron, se desmorona rápidamente. El genio, en la forzosa intimidad del viaje, se revela como un hombre de mal carácter, antipático, casi intratable. Lo único que parece interesarle son las criadas de las fondas por donde paran y Polidori comienza a aburrirse de su egolatría y de oírle repetir siempre la misma cantinela: «Esto no sería tan aburrido si mi hermana estuviera aquí».

Tras haber visitado la llanura de Waterloo, donde Byron dedicó toda la jornada a cabalgar sobre el campo de batalla lanzando gritos de guerra, pasaron a Colonia para contemplar las osamentas de las once mil vírgenes de la iglesia de Santa Úrsula, únicas reliquias que, parece ser, pudieron conmover a Byron.

En Ginebra, en la célebre villa Diodati, a orillas del lago, es donde nace el género literario del terror. Pero,

allí, además, las sospechas que habían corroído el corazón de Polidori en el transcurso de las últimas semanas, tienen su confirmación. El joven médico ya no puede dudar de la realidad: el poeta y su hermana, en su aberración, se aman incestuosamente.

La noche del 15 de junio de 1816, forzosamente recluidos en villa Diodati a causa del mal tiempo, tiene lugar el conocido desafío: Byron propone a sus invitados escribir, cada uno de ellos, una historia de terror. Hobbhouse, Scrope, Rossi, Shelley y su esposa Mary, Davies, Claire Clairmond, Polidori y el propio Byron, deciden poner inmediatamente manos a la obra.

Serán, sin embargo, solamente Mary Shelley y Polidori quienes llevarán a feliz término sus respectivos escritos. Mary escribe su célebre *Frankenstein* y Polidori, con toda verosimilitud, amplía la historia primitivamente desarrollada por Byron y, con cierta puerilidad, se venga a través de ella del poeta, pintándole además de con los rasgos del vampiro, con tintas verdaderamente antipáticas. Llega incluso a insinuar las culpables relaciones entre el protagonista y su hermana Aubrey.

Si el humor de Byron no mejoraba durante la excursión, el de Polidori empeoraba de etapa en etapa. Fiebres pertinaces le habían acompañado durante buena parte del viaje y, con sarcasmo, Byron se burlaba diciendo que era él quien debía cuidar de su médico y no al revés. Para colmo de desdichas, cruzando los Alpes, Polidori sufre una caída y se fractura una pierna. Debe ser llevado por sus compañeros a Milán, de donde, apenas restablecido, es expulsado a causa de un incidente con unos oficiales austríacos en el teatro de La Scala.

En 1819, Polidori decide publicar su manuscrito y, quizá, como último refinamiento de su venganza, lo man-

da al editor de Byron, con la firma del poeta, y mientras éste sigue ausente de Inglaterra. «Hay dos cosas que usted es incapaz de hacer —aseguran que Byron, hiriente, le dijo a Polidori—, pero yo preferiría que no me atribuyera sus composiciones. Si alguna cosa mía ha quedado entre sus manos, el manuscrito podrá demostrarlo de forma incontestable. Pero no creo que aquellos que me conozcan puedan achacarme una obra de ese género, incluso aunque la vieran escrita con mis hieroglifos...»

Y la opinión pública, en efecto, ciertamente escandalizada por el relato, se volvió abiertamente contra Polidori celebrando que su adorado poeta no fuera en verdad el autor de aquel engendro, manifestando un ostensible desprecio hacia aquel medicucho que había osado enmascarar su torpeza moral bajo el nombre del genio.

Según los críticos de la época, en *El vampiro* no se descubría el menor atisbo del genio de Byron. «El autor de esta producción terrible —asevera De Plancy— no ha seguido las ideas populares sobre los vampiros y en cambio ha elevado mucho al suyo, el cual es un espectro que viaja por Grecia, frecuenta la sociedad de Atenas, recorre el mundo seduciendo doncellas y se casa para chupar la sangre de su mujer. Los vampiros de Moravia eran sobremanera temidos, pero tenían menos poder. Éste es amable, seductor, y aunque tiene los ojos de un pardo vidriado, se gana las voluntades. Ésta es, según dicen, una historia popular de la Grecia moderna que lord Byron contó en una reunión y que un joven médico escribió, quizás imprudentemente, porque dio pábulo a un temor supersticioso contando horrores que era menester poner en olvido...»

Polidori, creador con Goethe del mito literario, si no murió bajo las garras del vampiro, sí sucumbió a cau-

sa de él. Sin poder superar la depresión que este asunto le había causado, sabiendo que jamás conseguiría la mano de la joven y perversa aristócrata, sin ser tampoco capaz de remontar el descalabro que a su parca economía le causara haber abandonado el trabajo, no halló mejor solución que el suicidio.

El tema vampírico, que tiene su expresión popular durante el siglo XVIII, y más especialmente en su último tercio, halla en el transcurso del siglo siguiente su expresión literaria. Hoffmann roza el tema en algunos de sus cuentos y, en su *Vampiro*, lo aborda de lleno. Aunque luego ya no lo volvería a emplear como motivo literario, el vampiro constituirá el tema de casi todas sus charlas en el macabro club Serapión.

Pero el vampiro, con Charles Nodier, pasa de las páginas del libro a las tablas del teatro. Nodier, en efecto, lleva a escena *El vampiro* de Polidori bajo el título de *Lord Ruthwen y los vampiros*. También, en su *Infernalia*, recoge Nodier varias de las diversas historias de vampiros publicadas por Lewis, Calmet y Langley-Dufresnoy.

Berenice de Poe, *Carmilla* de Sheridan Le Fanu y *Clarimonde* de Gautier, son tres ricas muestras no ya del archivampirismo femenino, sino del lesbianismo.

La literatura ha magnificado la figura del vampiro y con el cine llega casi a su divinación. De los rasgos originales que lo representaban, no queda nada. Del primitivo íncubo o súcubo a la criatura híbrida, innoble y repugnante, el vampiro se ha convertido en un ser de carácter sexual tan diferenciado como sus aristocráticas peculiaridades y costumbres. Hoy, con el cine, ya no es aquel monstruo ambiguo que buscaba satisfacer su antropofagia sino que añade a su personalidad, como dice Roland de Villenueve, «la satisfacción de necesidades eró-

ticas que la moral burguesa reprime con horror. En efecto, no solamente las víctimas del monstruo deben sufrir la caricia acerada de sus incisivos, sino también las extenuantes delicias de sus abrazos sepulcrales. Ciertos vampiros, habiendo conservado sus gustos particulares, exigen incluso gozar de las criaturas de su mismo sexo. Se dice, a este respecto, que son insaciables. Los vampiros homófilos (exclusión hecha de Drácula) son raros pero no inexistentes, como testimonia el arcángel maléfico que en *El baile de los vampiros* hace pasar un extraño cuarto de hora a Roman Polanski. En cuanto a las mujeres vampiro, sobre quienes las historias del siglo XVIII son prácticamente mudas, marcan con frecuencia, como en *Amina*, la gola de *Las mil y una noches* o la *Christabel* de Coleridge, una preferencia muy sensible hacia las jovencitas». Algo similar a lo que le ocurre a la ardiente y hermosa Laura, la heredera de los señores de Karnstein, que bajo la mordedura de la *Carmilla* de Sheridan Le Fanu se contagia del mismo perverso deseo por las adoradoras de Lesbos.

Si bien puede dudarse de la autenticidad de los vampiros, lo que no puede es ponerse en duda los sentimientos vampíricos de las gentes. Esta compulsión, que en Europa sólo se da en forma aislada, adquiere un carácter colectivo y multitudinario en Estados Unidos, aunque, ciertamente, con una significativa inversión.

No se trata ya de la manifestación del supuesto erotismo que pueda desplegar un cadáver que salga de la tumba dispuesto a morder a una persona viva, sino de la coquetería de ese cadáver dirigida a atraer el mordisco de un vivo. Esta manifestación de erotismo *post mortem*, del que Sara Bernhardt, Caruso y Bela Lugosi fueron en vida los paradigmas, encuentran su expresión psudoeró-

tica de la muerte entre la clase acomodada americana, donde el embalsamamiento y el exhibicionismo funerario alcanzan el más aberrante mal gusto. Si bien es conocido el testamento de Caruso, que obliga a sus herederos a cambiarle de traje cada cinco años, no lo son tanto las disposiciones testamentarias de algunas millonarias excéntricas que, reposando en distintos mausoleos, dentro de un barroco ataúd de cristal y bajo bellos efectos luminosos, se hacen cambiar diariamente su ligero atavío, perfumar y empolvar con la no vana esperanza de ser violadas por algún necrófilo.

Esta desnaturalización de la muerte va más allá de la mera oferta de féretros de gran clase (de cobre macizo o de cemento antiporoso) que garantizan la más absoluta preservación del agusanamiento. Esta transformación afecta al americano desde su infancia, pues, como señala el especialista Villeneuve, el alud de *comics* y de *magazines* especialmente concebidos «para la tierna juventud de Estados Unidos, así como diversos periódicos (pensamos sobre todo en el celebrado *Famous Monsters*), junto con firmas especializadas del comercio, proponen a los muchachos de edades comprendidas entre los diez y los quince años, los objetos de horror más heterogéneos: bandas dibujadas, series de fotografías y calcomanías, filmes de espanto, historias para erizar los cabellos, máscaras de lobos, de vampiros y de momias, botones grabados con los rasgos de Frankenstein o de otro horrible monstruo. El caucho, la materia plástica, el nilón, materiales en los cuales jamás hubieran pensado ni dom Calmet ni Bram Stoker, sirven para realizar espantosas y flexibles figuras de pesadilla dignas de los ensueños de Torquemada y de los monjes tibetanos. Por sumas insignificantes, los *chers petits* pueden incluso procurarse ataúdes para sus muñe-

cas, falsos pies armados con garras, tarántulas y murciélagos de látex, bonitas camisas con el estampado de una cabeza cortada de horrible mueca... Hasta el día en que, revestidos con la sombría capa de Drácula, se arrojan enloquecidos sobre sus compañeros de juegos para asesinarles...»

Antes de la publicación del popular *Drácula* de Bram Stocker, la publicación de los relatos de vampiros de Nerval, de Villiers de l'Isle-Adam, de Merimée, de Feval, de Tolstoi, de Gogol, de Isidore Ducasse, de Maupassant y de otros, fueron los que adecuaron el camino al más famoso vampiro de todos los tiempos.

Lo curioso, como estableció hace unos años una comisión rumano-norteamericana destinada a estudiar el mito de Drácula, es que el tal conde existió realmente. Nacido en el siglo XVI, su nombre verdadero era Vlad Tepes y, su apodo, escrito con K, «Drakula», palabra que en rumano significa *dragón*. En su castillo cercano a la villa de Bistriz, en la Transilvania del Norte, parece ser que se entregó a desenfrenadas orgías que, sin duda, le hicieron merecer su apodo.

Son diversos, sin embargo, los lugares donde se sitúa el castillo del siniestro conde. En Innsbruck, en Visegrand, junto al lago Snagov, cerca de Bucarest, y donde el arqueólogo Rosetti realizó en 1933 interesantes excavaciones.

Actualmente, la «Ruta de Drácula» establece un recorrido por las tres provincias rumanas: Transilvania del Norte, Moldavia y Valaquia, y, cosa curiosa, como rezan los carteles de las agencias de viajes que promocionan el itinerario, se ofrece al turista la posibilidad de una cura geriátrica en las instituciones rumanas especializadas, siempre según los métodos de la doctora Asland.

La absorción de la sangre como elexir de rejuvenecimiento, ritual que encontramos en todas las culturas antiguas, es sustituida hoy por la absorción de procaína, para depurar las células envejecidas, y tiene como escenario los mismos lugares donde en otro tiempo surgiera la leyenda del vampiro, es decir, el ser legendario que no solamente no se resigna a la muerte sino que, a causa de su afán de pervivencia, para saciar sus desordenados apetitos, no vacila en salir de la tumba cada noche para seguir satisfaciéndolos.

Licantropía. Los hombres lobo

El ejemplo más flagrante de licantropía sin duda lo ofrece Osiris, quien antes de desangrarse sobre el mar tras el ataque del jabalí, salió de los infiernos y, tras adoptar la figura del lobo, corrió a socorrer a Isis y a su hijo Horus en la lucha que ambos sostenían contra el maléfico Tifón.

Circe metamorfoseó en cerdos a la tripulación de Ulises y es precisamente en este contexto, en relación a las brujas, donde más abundan las transformaciones, tanto en la tradición griega y romana como en la mitología desarrollada por los cuentistas europeos del XVIII. Goya, aún con ribetes románticos, en la *Transformación de las brujas*, plasma el instante en que las cuatro hechiceras se metamorfosean en bestias, siendo la convertida en lobo la que domina el cuadro.

Buda, al «cabalgar el tigre», se convierte en el primero de los *muní*, es decir, en «el León de los Sabios», y por supuesto en una de tantas maravillosas criaturas que merecen ser asociadas al fenómeno de la licantropía. Siddharta, a su vez, se encarna en Maya, en la Ilusión, y desbroza el camino que luego los brahmanes empedrarán sistematizando las primitivas creencias del pueblo y unificando las aspiraciones fetichistas del mismo, ya desde el zoomorfismo más elemental al antropomorfismo más perfecto. El vishnuismo, que por un lado humaniza

y por el otro zoomorfiza todas las fuerzas de la naturaleza, recopila estas tradiciones, les da forma literaria, y con ellas compone un cuerpo de doctrinas en cuyos *avatares* se narran las sucesivas transformaciones que sufre el divino Vishnú.

Para librar de la muerte a los hombres, Vishnú se encarna primero en la tortuga gigante y, con su fuerza colosal, lo mismo que hiciera Hércules, sirve de soporte al mundo; se encarna en el jabalí que le preservó de peligros, en el monocero o pez milagroso que dirigió el rumbo de la nave de Manú cuando éste fue salvado con los suyos del diluvio, pez que se asocia con el mítico unicornio de las tradiciones persas. Su transformación en Hombre León o *Nurisnha* le permite despedazar al demonio que acometía a los dioses.

En sus transformaciones humanas, Vishnú es sucesivamente Rama, Khrisna y Buda. En algunos de estos avatares o transformaciones, aparece con atributos animales, en especial cuando se ve obligado a luchar con sus enemigos. Con el mismo espíritu que los avatares indios están las «transformaciones» de los antiguos egipcios. El egipcio esperaba renacer más allá de la muerte o, mejor dicho, sufrir sus transformaciones a través de diversos animales sagrados hasta volver a su humana envoltura carnal, la cual conservaba cuidadosamente embalsamada. Durante el período de pérdida de su humanidad, en las sucesivas encarnaciones zoomórficas, debía luchar contra bestias fantásticas o impías que hacían de él su presa favorita. Estas fieras maléficas se representan en los jeroglíficos bajo figura de hienas, chacales y, principalmente, como lobos que pueden devorar la sombra material del individuo y hacerle imposible la resurrección.

Subyaciendo con la figura del licántropo, como ocu-

rre con la del vampiro, hallamos rasgos de erotismo perverso que, cuando se manifiesta en el hombre, llega a la consumación de los más horribles crímenes. Esta misma característica se da en los dioses. Khrisna es un dios báquico que corretea tras las voluptuosas pastoras, pero halla el verdadero goce cuando, al fin, despedaza a los reyes impíos. Rama, bajo el patrocinio de Hanumat, el dios-mono de recias quijadas, marcha al frente de su ejército de cuadrumanos cuando invade Ceilán para hendir alegremente los cráneos de sus enemigos.

Algunos autores estiman que es bajo la fuerza de drogas poderosas que los hombres pueden cambiarse en animales, especialmente en lobos, pero no coinciden a la hora de señalar cuáles pueden ser exactamente las hierbas que operan el prodigio. En cambio, sí coinciden respecto a qué flores son capaces de devolverles a su primitivo estado. Antiguamente se creía que los pétalos de la rosa eran los que tenían la facultad de «deslobar» al hombre y, en las tradiciones modernas, esta misma virtud se atribuye a la flor del acónito.

Luciano de Samosata relata cómo, queriendo transformarse en pájaro, recurrió a las artes de una bruja tesaliana para que le preparase un filtro adecuado. Lamentablemente, la hechicera equivocó la fórmula y, en lugar de pájaro, Luciano quedó convertido en asno. Tras diversas aventuras bajo su figura asnal, Luciano pasó a ser propiedad de una dama licenciosa, la cual encontró en el asno el único lenitivo que podía apaciguar su desmesurado apetito sexual. Pero era tanta su perversión que la dama llega a exhibir en público al asno Luciano para que todos fueran testigos de sus proezas y de los goces de ella. La aventura termina cuando Luciano advierte que entra en la estancia un hombre cargado de flores.

«Entre aquellas flores —relata Luciano— distinguí rosas recién cogidas; al instante, sin dudarlo, salté del lecho. Todos creyeron que me levantaba para danzar, pero, recogiendo prontamente los ramos, escogí las rosas de entre las otras flores y las devoré. Entonces, con gran asombro de los espectadores, la figura del animal se desvaneció; el asno desapareció y en su lugar estaba yo, de pie y completamente desnudo. Todo el mundo quedó conmovido de esta metamorfosis asombrosa e inesperada, pero se produjo entonces un escándalo espantoso y el teatro se dividió en dos bandos: los unos me miraban como a un hombre versado en la ciencia de los maleficios, como a un monstruo que cambiara de forma a su antojo, y querían que se me quemara inmediatamente; los otros decían que era necesario escucharme antes y juzgar luego. Fue esta última opinión la que prevaleció...»

El incidente termina con la presencia del gobernador, quien reconoce a Luciano y ordena que sea puesto en libertad. Y aquella misma noche, con sus mejores galas, Luciano se dirige a la casa de su antigua ama.

«Cené con ella —prosigue— perfumado de esencia y coronado de esas rosas bienamadas a las cuales debo mi reintegración entre los hombres. La noche ya estaba avanzada y, llegada la hora de irse a la cama, me levanté y, creyendo realizar una hazaña, me desvestí hasta quedarme desnudo del todo, estimando que así le gustaría más por la comparación con el asno que yo había sido. Pero hete aquí que ella, viendo que yo no era realmente más que un hombre, me lanzó una mirada de desprecio y me dijo:

»—¡Lárgate lejos de mí y de mi casa y vete a dormir donde quieras!

»—Pero, ¿qué crimen he cometido? —le dije a mi vez.

»—¡Por Júpiter! —respondió—. No era de ti, sino del asno de quien yo estaba enamorada. Es con él y no contigo con quien me he acostado. Pensaba que tú habías conservado la hermosa y buena pieza que distinguía al asno. Pero ya veo que en lugar de ese útil y encantador animal, tú no eres, desde tu metamorfosis, más que un mono ridículo...»

Varrón, por su parte, pone en guardia a los viajeros del peligro que les acecha ante aquellas brujas que, envenenando el queso, hacen que el hombre que lo coma se transmute en animal de carga. Moeris, la sirviente del albergue del cual nos habla Apuleyo, se divertía transformando a su amante en castor, a su vecina en rana y a su abogado en carnero. Moeris, recorriendo los bosques en busca de alguna presa, se anticipa a los licántropos de la Edad Media, pues, como canta Virgilio:

...Moeris me ha hecho conocer
las plantas poderosas que sólo el Ponto hace nacer
y yo he visto cómo con ellas Moeris, más de una vez,
bajo la forma del lobo se lanza por los bosques.

Según una tradición de Livonia, los arcadianos tenían por costumbre elegir al azar a un hombre de la familia de Anteo y llevarlo hasta la orilla de un estanque mágico, donde, después de haberle hecho beber agua, lo desnudaban, colgaban sus ropas de un árbol y lo lanzaban a las aguas. Después de que hubiera cruzado la charca, aseguraban, se le veía cambiado en lobo mientras se alejaba por la espesura del bosque para reunirse con sus nuevos hermanos. Esta estancia entre los hombres lobos debía durar nueve años y, si transcurrido este período el iniciado se había abstenido de devorar hombres, «volvía

a cruzar el estanque y recuperaba su primitiva figura humana».

Esta leyenda la recoge san Agustín, quizá por algún relato de su amigo san Ambrosio, arzobispo de Milán, y la asocia al mito de los cinocéfalos, es decir, a aquellos hombres capaces de transformarse en perros y cuyo mito está estrechamente emparentado con los *garwalls* de las tradiciones irlandesas.

Las transformaciones, que entre los paganos es una facultad más de los prodigios que puede operar la divinidad, entre los creyentes de la Edad Media, por el contrario, son siempre la prueba evidente de la presencia del diablo, quien, por supuesto, encarna siempre su figura favorita: la del macho cabrío.

El macho cabrío no sólo preside los aquelarres, sino que en ellos elige a sus favoritas entre las brujas, a las reinas del conventículo infernal. Más dichosas que aquellas otras que dicen haber tenido concúbitos completos y fecundos (con el resultado esperado de no parir sino sapos), son aquellas otras histéricas que muestran con orgullo las heridas que les ha producido el cabrón al *cornearlas* y, menos felices que estas elegidas, son aquellas otras que han debido conformarse con los honrosos azotes que el demonio les ha propinado en el trasero con su propia cola.

La Antigüedad había rendido al macho cabrío, lo mismo que al asno de Baal-Fagor, idéntica pleitesía que durante la Edad Media los brujos rendirían a su señor el diablo. Los egipcios, a su vez, adoraban también al carnero en Menfis, pues, como refiere Herodoto, él mismo fue testigo de cómo una mujer mantenía públicamente comercio carnal con un macho cabrío.

Los judíos debieron de contagiarse de estas abomina-

ciones, pues Jerobán instituyó sacerdotes destinados al servicio de los cabrones y de las cabras, con los cuales algunos se ayuntaban sin recato. Pero ya en el Levítico se pone coto no solamente a estas prácticas nefandas sino que se proscribe también el sacrificio para el consumo de aquellas bestias con las que se haya fornicado. Fornicación, en el Antiguo Testamento, es sinónimo de bestialidad, y aquellos que eran sorprendidos en flagrante delito, se les castigaba con la muerte en compañía del animal al cual habían hecho víctima de sus abusos. Esta costumbre fue perpetuada hasta la Edad Media, pues al acusado de bestialidad se le ahorcaba entre dos perros.

En la Grecia de la decadencia, falófaros e itífalos salen de Eulesis en peregrinación y acompañan al asno de Príapo, con sus desmesurados atributos, camino de Babilonia. En Cartago y Macedonia no es al asno al que adoran, sino a la serpiente, máximo exponente fálico y también símbolo de la fecundidad, como prueba la tradición que asegura que Alejandro había sido concebido por su madre con el solo concurso de una serpiente.

En las tradiciones bíblicas, además de Nabucodonosor, existen otros casos de licantropía. Caín, tras haber asesinado a Abel para arrebatarle a su esposa Aclima, dicen los talmudistas que vagó por las selvas llevando una vida errante. Tan agudo fue su proceso de animalización que, años después, uno de sus nietos lo mató creyendo que era una fiera salvaje. En los primeros siglos de la Iglesia, la secta abominable de los cainitas, además de practicar la sodomía y venerar a Caín y Judas, se disfrazaban en sus orgías con pellejos de chacal para correr por los montes en busca de cualquier animal y hacerle víctima de sus ultrajes.

Los cainitas, apoyándose en las enseñanzas de Filón,

interpretaban la Biblia según sus conveniencias. Habiéndoles prohibido Jehová, decían, el deleite (simbolizado en la serpiente que tentó a Eva, y ésta a su vez símbolo del árbol vedado), con despecho, abominaban de la mujer y buscaban en su propio sexo y en los animales la satisfacción de sus perversidades.

¿No debía Adán haberse contentado con todos los demás árboles del jardín de los placeres, es decir, con todas las bellezas de las sílfides, las ninfas y demás vírgenes de los elementos y dejar a Eva el amor de la salamandra, de los sílfidos y de los gnomos? Pero, ya que Adán pecó al acercarse a la mujer, ellos pretendían purificarse alejándose de ella. En las fábulas de esta secta se refiere que Eva consintió en entregarse a la repulsiva salamandra Oromasis, que era la princesa de las masas ígneas, y aconsejó también a sus hijos que cedieran sus esposas a las princesas de los demás elementos. Cam, rebelde a los consejos de su madre, fue débil como Adán y no pudiendo resistir los atractivos de su mujer violó la disposición materna. Sus descendientes llevaron el estigma del pecado: el negro color de los etíopes, que señala doblemente el incontenible ardor de su padre y su maldición respecto a habitar en la región más tórrida del globo.

Los hombres lobo, asimilados durante la Edad Media a los dementes o endemoniados podían, cuando su transformación no era evidente, ser identificados según inequívocas señales: sus frecuentes contorsiones o su andar felino o en tensión, el abotargamiento de la cara, la insensibilidad a los insectos y a los parásitos, respuestas extrañas que no correspondían a lengua alguna conocida, las punzadas de lancetas o agujas sin que hubiera efusión de sangre y, el signo más verídico, los llamados clamores del vientre.

Mediante estas señales, y principalmente debido a sus clamores abdominales, fue detenido un hombre llamado Gilles Garnier. El propio Luis XIII siguió de cerca el asunto y cuando supo que sus corchetes habían hecho que una zorra hambrienta devorara el hígado del desdichado sin que éste manifestara dolor, autorizó su proceso.

Al ser probado que tomaba frecuentemente la forma de lobo para cometer sus tropelías, Enrique Camus, conserje del rey, manifestó al tribunal que Garnier había ido a una viña pocos días antes de Todos los Santos y allí había cogido a una niña de doce años a la que mató con sus colmillos y garras y que, no satisfecho con devorarla él solo, le llevó un pedazo a su mujer.

Según demostró la instrucción, pocos días después de que ocurrieran estos hechos, Garnier volvió a atacar a otra niña para devorarla. Ya la tenía bajo sus garras de lobo para despedazarla cuando a los gritos de la desdichada acudieron unos vecinos y pudieron salvarla, aunque ya bastante maltrecha. Después de la fiesta de Todos los Santos, cuando todavía estaba bajo su forma de lobo, había devorado a un muchacho en el camino de Dole, entre Gredisan y Monjié, y que como quiera que le siguieran de cerca, había guardado una pierna del desdichado para desayunarse al día siguiente.

Posteriormente, abandonando su forma de lobo, ya en su figura humana, había robado a un niño y se lo llevó al bosque con ánimo de comérselo y, pese a ser viernes, lo hubiera comido de no ser capturado en aquellos momentos.

Quemado vivo y arrojadas sus cenizas al viento, Gilles Garnier no es el único *loup-garou* que las crónicas francesas señalan con horror.

Juan Grenier, un muchacho de quince años, fue tam-

bién condenado a la hoguera acusado de ser lobo brujo y de haberse comido a varios niños, según testimonió Juana Garibauc, una muchacha de su edad atacada por él y que, sin embargo, pudo escapar de sus garras.

Estando el diablo medieval representado por el macho cabrío, no es extraño que Satán se posesionase de los hombres tomando rasgos animales que simbolicen la crueldad de sus crímenes. ¿Y qué animal más cruel que el lobo a los ojos de las gentes sencillas?

Pues, como escribe el demonólogo Lancre, el diablo «se transforma más a gusto en lobo que en otro animal porque el lobo es devorador y, por lo tanto, más dañino que otros animales. También porque el lobo es el enemigo mortal del cordero en cuya forma fue figurado Jesucristo, nuestro Salvador y Redentor...»

Insania y bestialidad

«En su maldad —dijo el gran cirujano Ambrosio Peré—, los demonios se forman súbitamente en la forma que les place; a menudo se les ha visto transformarse en serpientes, en sapos, en cuervos, en chivos, en asnos, en gatos, en toros, en lobos, en perros...»

A veces, en efecto, para mejor pasar desapercibidos, los demonios no se encarnan parcialmente en hombre sino que se enmascaran bajo figuras más inocentes. Diablos fueron, por ejemplo, los perros de Fausto, de Agripa y de Gofridi y, si hemos de creer en la tradición, empujaban a sus amos a cometer idénticos crímenes a los que podría haber perpetrado el más audaz hombre lobo sin necesidad de revestir un carácter zoomórfico.

Se asegura que Gofridi, encantado por las buenas muestras de amistad que le ofreciera el diablo, quien lo visitó vestido de sabio, como revelara en el proceso, hizo con él un pacto muy en regla bajo la condición de que le daría el poder de seducir a tantas casadas y doncellas como quisiera, solamente con la simpleza de soplarles en la nariz, lo cual «le evitaría tenerlas que galantear».

Gofridi, que con su diablo de sabia apariencia sin duda le sugirió a Goethe el Mefistófeles de su *Fausto*, confesó todo lo que sus jueces le dictaron, sin duda para desviar la atención de sus verdaderas actividades. Su joven víctima y cómplice, Magdalena, por su parte, puso el mismo

cuidado en ocultar la verdadera naturaleza de sus perversiones y, sobre todo, en silenciar cómo obtenían la sangre humana que regaba sus orgías.

La prudencia de ambos, sin embargo, no evitó que Gofridi fuera condenado y, como vaticinara al oír la sentencia, tres sucesos extraños acaecieron el día de su ejecución. Un hombre, una muchacha y un niño fueron hallados despedazados por las garras de un misterioso animal. Toda la población acusó a Gofridi y a su perro, un enorme mastín que surgió envuelto en humo de entre las llamas de la hoguera y, saltando entre la multitud, se perdió en los bosques sin que nadie pudiera hallarle.

Algunas exageradas alusiones en los distintos relatos del proceso de Gofridi insinúan que el réprobo se complacía no sólo en la más aberrante bestialidad sino que, imitando a Nerón, se cubría con un pellejo de toro para acometer a Magdalena en su papel de Pasifae. Ignoramos, sin embargo, si Gofridi, tal y como le gustaba hacer al amo de Roma, disfrazado de tigre o león, «se arrojaba con la boca llena de espuma sobre sus víctimas desnudas, a las cuales arrancaba a mordiscos los órganos genitales».

Pese a que en la época de Gofridi los procesos por brujería ya empiezan a ser raros en Europa, y deben ser considerados más bien en su aspecto político que en el estrictamente mágico, cierto es también que se desarrolla una verdadera psicosis de licantropía, como muy bien reflejan las pinturas de Breughel y Jerónimo Bosch.

En la iconografía de este período, en efecto, las representaciones de la licantropía, la bestialidad y otras manifestaciones de la sexualidad perturbada, no pueden ser más abundantes. Siendo la posesión diabólica una forma relativamente frecuente de la metamorfosis animal, en las epidemias de posesos y convulsionarios que azotaron

Europa, se manifiesta el mismo síntoma que en la licantropía: la agitación violenta y los aullidos.

En este contexto, la llamada en Europa «danza de San Guy» y en España conocida como el «baile de San Vito», supone una forma de neurosis que no sólo afectaba a los penitentes sino a aquellas otras gentes que veían pasar la procesión de los enfermos. Los que hoy llamaríamos disminuidos mentales, los dementes y los deformes, se unían a la comitiva para acudir en peregrinación hasta una iglesia milagrera o hasta una capilla consagrada a algún santo taumaturgo, donde bailaban poseídos de un extraño y contagioso frenesí. En estas explosiones de histeria, los enfermos y demás asistentes se propinaban con tesón los *pequeños socorros* y *grandes socorros*, consistentes los primeros en manoseos indecorosos, y los segundos en la aplicación de bastonazos y pedradas.

Durante el primer tercio de nuestro siglo, en la población alemana de Epternach, aún se reunían para la Pascua de Pentecostés los enfermos de corea, los epilépticos y los histéricos venidos de toda Alemania. «Desde la orilla del río Sure —relata el doctor Escalante—, donde se forma la procesión, los peregrinos avanzan hacia el centro de la ciudad, donde se levanta la basílica, danzando según un rito prescrito y marcado por grupos de músicos puestos a conveniente distancia de aquéllos. La danza consiste en una serie de saltos hacia atrás y adelante, que ejecutan con cierto orden las personas sanas interesadas en la curación de sus parientes o amigos, al tiempo que los epilépticos y otros neuróticos brincan implorando su curación. Los enfermos muy ancianos o muy graves, pagan a los mozos de la ciudad para que los representen en la danza.

»Es muy frecuente tener que retirar de la procesión a

un pobre enfermo que, impresionado por el espectáculo y el ruido, haya caído de repente al suelo, vencido por la crisis epiléptica. Cuando termina el desfile ante el santo milagroso sigue la danza en las posadas y en las tabernas entre gritos y ademanes que poco tienen de religiosos.»

Semejantes a estas danzas eran las de los convulsionarios, que se congregaban en el cementerio de San Medardo para reclamar gracias junto a la tumba de Paris, el diácono jansenista, lo que puede parecer un fenómeno de otras épocas; sin embargo, en el cementerio del este de Barcelona, en la década de 1940, crédulos enfermos del barrio de Pueblo Nuevo se reunían ante la tumba del «Santet» para pedirle que obrara el prodigio de librarles de sus enfermedades.

En estos casos puede hablarse de posesión aun cuando los cambios zoomórficos sean solamente una variedad particular del fenómeno. Pero, volviendo a la insania lupina, veamos cuál es exactamente la forma adoptada por el hombre lobo, cuyas características son fijadas fielmente por Simón Goulard en sus admirables *Histoires*: El lobisome corre tan aprisa como el lobo, lo cual no debe parecernos increíble puesto que son las artes de los malvados demonios las que los disfrazan de lobos. Al correr, dejan sobre la tierra huellas de lobos y, al igual que éstos, tienen los ojos espantosos y chispeantes, cometen las mismas carnicerías y crueldades, estrangulan a los perros, con los dientes cortan la garganta a los niños pequeños, toman gusto a la carne humana y tienen la astucia y resolución de los hombres al ejecutar tales actos. Cuando corren en bandadas, acostumbran a repartir la caza los unos con los otros. Si están hartos, aúllan para llamar a los demás...»

El ponderado Juan Wier insiste por su parte en que

los hombres lobo no son sino enfermos afectados de «locura lobera», seres desdichados y pálidos, «con los ojos hinchados y la boca muy seca»; pero nadie hace caso al doctor Wier. Y, sin embargo, alguna de las historias de hombres lobo podría ser asimilada, perfectamente, a diversas historias clínicas sobre casos de hidrofobia.

Todos prefieren ver en el hombre lobo la posesión, la obra del Maligno. La metamorfosis, a los ojos de todos, es bien cierta, puesto que de la posesión al pacto diabólico sólo hay un paso. Gracias a la ayuda del diablo, los reyes de Bulgaria, Baram y Bayam, se transformaron en lobos para enfrentarse en igualdad de condiciones a los hombres lobo que infestaban sus dominios.

Pero no toda la transformación lobuna es un acto voluntario, como en el caso de los legendarios monarcas búlgaros. La transformación, a menudo, se opera en el individuo por la posesión de un íncubo o un súcubo, en forma perfectamente involuntaria.

Incapaz de producir semen, el diablo lo roba allá donde puede. Se hace íncubo para recibirlo del hombre y súcubo para transmitirlo a la mujer. Si es preciso, anima a un cadáver para conseguirlo. Tal caso ocurrió en 1613 a un aristócrata, «quien habiendo invitado a una hermosa joven a compartir su lecho, a la mañana siguiente no encontró a su lado sino los yertos despojos de una criminal». De las uniones de los íncubos y súcubos con los mortales, nacen no solamente seres maravillosos como Merlín o Melusina, sino pueblos enteros como los hunos.

Pero, ¿cuáles son exactamente los términos de la posesión? Evidentemente, como sucede en Haití en las ceremonias de iniciación al *vudú*, el individuo se identifica con su poseedor. Tal es lo que ocurre en las cofradías de «los hermanos del tigre», que imitando las actitudes, los

gruñidos y la marcha de una determinada fiera, acaban convenciéndose de ser ella misma. A veces el fenómeno no se produce por autosugestión sino por hechicería o por simple psicopatía. El protagonista de la *Metamorfosis* de Kafka se cree la presa de un insecto y, poseído, el mismo animal.

A veces, la misma fobia de la metamorfosis les precipita en la propia transformación. Juan Wier relata al respecto el caso de un demente de Padua que se hizo dar vuelta a la piel para ver si tenía realmente pelos de lobo bajo la epidermis, pues estaba convencido de que transformaciones periódicas, coincidiendo con la luna llena, le convertían en lobo. Sus aullidos, durante estas crisis, podían oírse en toda la ciudad.

La mujer también se siente atraída por la sangre y la violencia y, a veces, el aspecto terrorífico de los hombres lobo puede ser un gancho más con que atraerla. En muchos monstruos, la exasperación y la avidez sexual son estados típicos. En mujeres normales, esta atracción hacia el monstruo también puede manifestarse, y no nos referimos a la atracción literaria de la bella Esmeralda hacia el deforme Quasimodo. Un personaje histórico, la emperatriz Justina, esposa de Marco Aurelio, se declaró incapaz de asumir sus deberes conyugales después de haber visto luchar en el circo a un deforme gladiador. Consultados los augures, determinaron que la única forma que existía para que la emperatriz sanase era degollar al gladiador y hacer que ella bebiese su sangre.

Otras veces, igual que le ocurre al hombre, la mujer loba debe necesariamente llegar al crimen para hallar alivio a su avidez. Así al menos lo manifestó Clara Geisler, quien con su conventículo de amigas lobas asolaba los alrededores de Lausana durante las noches de luna llena.

Lo mismo que sucede con la brujería y el vampirismo, la licantropía es a veces sólo una ilusión de los sentidos. Algunos hombres y mujeres acusados de *insania lupina*, lo fueron sin más pruebas que sus alucinaciones o sus delirios.

El ungüento que permitía a las brujas transfigurarse en lobas en Francia, en gatas en Italia y en cornejas en España, no era sino una composición de hierbas alucinógenas que hacía que se creyeran convertidas en bestias, caminando a cuatro patas y emitiendo gruñidos o bufidos semejantes a los del animal que creían encarnar.

Andrés Laguna, en sus comentarios al *Discórides*, relata cómo siendo amigo del duque de Guisa tuvo ocasión de ver prender a una mujer acusada de loba, a causa de haber sido hallado en su casa un tarro lleno de un ungüento verde. Laguna analizó la pócima y la halló compuesta por extractos de cicuta, mandrágora, solano, jusciano, belladona y hierba mora furiosa, es decir, plantas todas ellas capaces de alterar el sistema nervioso. Sigue relatando Laguna que habiéndole pedido el verdugo que visitara a su esposa, la cual padecía una sobreexcitación nerviosa que le impedía dormir, decidió darle una fricción con el ungüento requisado a la mujer loba. Al cabo de pocos minutos la insomme se quedó profundamente dormida y así permaneció treinta y siete horas , hasta que Laguna, temiendo por la vida de su paciente, ordenó que fuera despertada. Y entonces, añade Laguna, «ella se quejó de que la habían obligado a dejar a un agraciado joven, vigoroso y amable, en cuyos brazos estaba gozando mil delicias.»

Del otro lado del espejo

Después de los ejemplos de la mitología y el paganismo, el folklore medieval recreó no solamente el asunto de las cópulas diabólicas sino también el de los ayuntamientos bestiales, cuestiones ambas que, según la tradición, dan origen al hombre lobo.

Fruto de una cópula diabólica es Merlín el Mago, al que apenas se le ha considerado bajo su aspecto de licántropo. Según la leyenda, Wortigernus, rey de Inglaterra, había hecho construir una torre inexpugnable que le abrigase contra las numerosas incursiones de bandidos y piratas que asolaban su país. Una noche, estando ya afianzados los sólidos cimientos, la tierra se abrió tragándose toda la obra. Consultados los magos al respecto, todos confirmaron que era menester afirmar los cimientos según el único medio eficaz: a saber, rociándolos con la sangre de un niño que hubiera nacido sin padre.

Wortigernus supo por sus astrólogos de la llegada al mundo de Merlín, que terminaba de nacer en la isla de Sein de las entrañas de una druidesa y que carecía de padre material. Los hombres de Wortigernus raptaron a Merlín, pero, según parece, y a pesar de que sólo contaba dieciséis días, se puso a discutir con los magos con una sabiduría tan admirable que dejó atónitos a todos los oyentes. Librado de la muerte por su sabiduría, y también por la de Wortigernus, quien comprendió de

inmediato que con aquel ser maravilloso a su lado nada podía temer de bandidos y demás gentuza, Merlín es educado entre los filósofos y magos de la corte, hasta que, niño aún, se retira a una gruta para dedicarse al estudio de las ciencias misteriosas.

Dicha cueva, donde convive con las fieras, es un hito que los mitólogos han desdeñado. Merlín sólo la abandona para librar a los hombres de los tiranos y proteger la belleza oprimida. Pero en cada una de sus hazañas hay un poso de amargura, como si fuera contra sí mismo con quien lucha, contra una proyección malvada de su propia personalidad.

Al fin, Merlín, más amigo de las fieras que de los hombres, cuya fría lógica o ardiente reflexión no comprende, se retira entre sus verdaderos amigos —leones, osos y lobos—, a los cuales comprende, lo mismo que a sus hermanos los pájaros, con los que dialoga en su lenguaje de trinos. Este precursor de Francisco de Asís, lo mismo que hacían los hombres lobo al llegar a la linde del bosque, se despoja de toda su ropa y, desnudo, marcha a Brocelandia no sin antes haber hechizado a la dulce Viviana para que no pueda seguirle y reunirse con él. ¡Consciente de su verdadera naturaleza, renuncia al amor!

Una impenetrable barrera de álamos impide el acceso a Brocelandia, pero Gauvain, que con otros caballeros de la Tabla Redonda recorriera el mundo en busca de Merlín, oyendo la voz del mago más allá de los álamos, se asoma entre los tupidos troncos y puede ver solamente a un gran lobo blanco capitaneando a una bandada de fieros lobos pardos.

Según el folklore, la licantropía por ayuntamiento animal, aun siendo frecuente, no lo es tanto como la bestialidad estricta, la cual representa la forma ideal y eficaz

de procrear monstruos y hombres lobo. Son muchos los sabios y teólogos que creían en el resultado del coito bestial, e incluso en pleno renacimiento, Ambroise Paré, en su *De monstruos y prodigios*, afirma que, en efecto, «hay monstruos que nacen mitad figura de bestia y mitad humana, los cuales son producidos por los sodomitas y ateístas que se juntan y desbordan contra natura contra las bestias, engendrándose así seres odiosos y horribles de ver y de hablar. Sin embargo, la deshonestidad yace en el hecho y no en la palabra; y desde que esto se realiza, cosa muy desdichada y abominable, causan gran repugnancia el hombre o la mujer que se mezclan y acoplan con las bestias brutas, dando así nacimiento a los medio hombres y medio bestias».

Las relaciones sexuales entre hombres y animales son, y sobre todo eran, mucho más frecuentes de lo que cabe imaginar. Plinio, Torquemada, Eliano, Bodin, Delancre, Bouquet y De Plancy, amén de los recogidos por la *Revista Francesa de Medicina* a comienzos del siglo pasado, citan un montón de casos cuya relación obviaremos al lector para no herir su sensibilidad con el relato de las particularidades anatómicas de todas aquellas criaturas que nacían monstruosas, supuestamente, por los pecados paternos.

En épocas pasadas, en España existía la creencia popular de que a estas desdichadas criaturas solamente los *saludadores* o *santiguadores*, podían darles una forma normal, pero, que sepamos, no hay referencia alguna de que el éxito acompañara alguna vez dichas tentativas. Siendo los saludadores insensibles al fuego, como probaban sus paseos descalzos sobre tizones ardiendo o sus bailes sobre brasas y sus ejercicios con barras de hierro calentadas al rojo vivo, parece ser que todo lo que conse-

guían era chamuscar a las infelices criaturas que les confiaban.

Refiere la crónica, sin embargo, que un saludador español, muy devoto de su patrona, Santa Catalina, consiguió deslobar en Mans a un gentilhombre que había sido mordido por un hombre lobo. El prodigio se produjo con sólo hacer el saludador, con su dedo índice mojado de saliva, la señal de la cruz sobre la frente del infortunado caballero. Lo cierto es, sin embargo, que en Francia se apreciaba mucho a los saludadores españoles. La superstición popular del otro lado de los Pirineos los asociaba a los pastores que apacentaban rebaños de lobos, a los cuales iban a buscar a sus propias madrigueras gracias a los ungüentos que usaban, que, aplicados a sus botas, producían el mismo husmo que el que dejaban las lobadas en sus incursiones contra los rediles.

Otra tradición francesa, es la referida a las *mujeres blancas* o *lavanderas de la luna*, que es así como llamaban a las esposas e hijas de los ensalmadores españoles y, por extensión, a las muchachas francesas que, seducidas por aquellos andariegos truhanes, salían de noche a lavar los lienzos que habían cobijado sus pecaminosos amores. Aparecían las noches de luna llena en las fuentes y en los arroyos, cantando armoniosas melopeas que atraían a los viajeros, a los cuales les pedían que les ayudaran a escurrir las sábanas. Si algún incauto se prestaba amablemente a ayudarlas, ellas, dando un brusco golpe con el lienzo retorcido, le quebraban los brazos. Si el viajero, avisado, negaba su ayuda, las lavanderas de la luna se enfurecían y, transformadas en lobas, le acosaban sin piedad.

Se acusaba también a los ensalmadores de que sus mujeres se hacían amamantar sus hijos por las lobas en

cría. Esta cuestión de las lobas amamantando niños, que parte de las primeras tradiciones romanas con Rómulo y Remo, se perpetúa en diversas leyendas europeas. Con fina intuición, en efecto, el sentimiento popular advirtió el gran instinto maternal de las lobas que, como se ha probado modernamente, no desdeñan alimentar con su leche a lobeznos que no pertenecen a su camada e, incluso, a cachorros de otras especies.

En 1894, el sentimentalismo mundial, y muy especialmente el femenino, se conmueve con las historias que Rudyard Kipling narra en su *Libro de las Selvas Vírgenes*. Las aventuras del pequeño Mowgli, criado y educado entre lobos, añadían un punto de reflexión a si era posible que la leyenda de los míticos fundadores de Roma fuera, en realidad, historia. Pero en 1920, cuando las hermanas Kamala y Amala son rescatadas de una camada de lobos entre los cuales vivían, la duda se desvanece. En 1946, el llamado niño-gacela de Siria, rescatado de entre las fieras y trasladado a la civilización, no tardó en escapar de sus cuidadores para volver junto a los lobos, cuya compañía prefirió a la de los hombres.

En 1954, el descubrimiento de Ramu, el niño lobo de Lucknow, sirve para, con un exceso de racionalismo, levantar serias dudas en cuanto a la posible existencia de tales niños y, por extensión, de los improbables hombres lobo. Según determinan los exámenes médicos a que le someten, Ramu es sólo un pobre subnormal abandonado por sus padres y que, milagrosamente, ha sobrevivido en estado bestial. Idénticas consideraciones merece el niño-mono cazado en 1961 al norte del Irán, pero tanto este niño como Ramu, es innegable que, abandonados ambos por sus padres respectivos, fueron criados por sus respectivas madres adoptivas: una loba y una mona.

La licantropía, que enmascara muchas veces un sadismo inconfesable o el más abominable canibalismo, adquiere una expresión distinta en Haití, donde los ritos sangrientos de iniciación en los misterios del *vudú* llegan a la identificación total y absoluta del hombre con la bestia. William Seabrook, testigo excepcional de una de estas ceremonias, nos relata cómo se estaba llevando a cabo la iniciación de una muchacha, junto al chivo del sacrificio, y cómo, en un momento dado, «vi con estupefacción a la chica alargar la boca y tirar de las hojas. Normalmente, los seres humanos toman el alimento entre los dientes. Pero la chica arrancaba las hojas con los labios, como un rumiante, sin servirse para nada de las manos», que tenía apoyadas planas sobre el suelo, como las pezuñas del macho cabrío que estaba frente a ella.

Como en el vampiro, la compulsión hemática está siempre presente en el licántropo. Petronio nos relata en su *Satiricón* un jocoso caso de licantropía, la espeluznante historia de Niceros y su amigo el soldado convertido en lobo, que ha servido de modelo a toda la literatura posterior. El relato de Niceros, lo mismo que el de la loba cuya pata cortada correspondía a la mano amputada de la castellana, e incluso el de la transformación mental que sufre la muchacha en la ceremonia *vudú* que hemos señalado, coinciden en presentar al licántropo como si fuera el cuerpo astral o desdoblamiento cósmico del hombre atacado por la insania lupina. En efecto, el individuo acometido por la locura lobera, presenta en determinadas fases de la enfermedad la expresión de los instintos sanguinarios de una bestia salvaje. Eliphas Levi, en su *Ritual de alta magia*, explica el fenómeno, más bien enrevesadamente, diciendo que mientras el fantasma o desdoblamiento del enfermo sale de su cuerpo material para

vagar por bosques y praderas, su otro yo, su cuerpo material «duerme penosamente en su lecho mientras sueña ser un verdadero lobo... Así, los golpes propinados al hombre lobo hieren realmente a la persona dormida por congestión simpática de la luz astral, por la correspondencia que existe entre el cuerpo inmaterial con el cuerpo material».

Observadores más racionalistas, concluyen que la supuesta transformación del hombre en lobo, siquiera mental, es sólo atribuible a las drogas que componen el ungüento, cuya absorción cutánea o mucosa produce ilusiones a la vez objetivas y subjetivas. Quizá mero trastorno sensorial, la licantropía, para la mayoría de los médicos, magos y demonólogos del Renacimiento, es tan inexistente como el incubinato. Solamente Paracelso, en oposición a Porta, a Wierio y a Agripa, en su *Tratado de las enfermedades invisibles*, sostiene que a través de los excesos imaginativos puede ser perturbada la razón del hombre del mismo modo que la conturbaría la acción de los demonios malignos, puesto que unos y otros «son debidos tanto a un cuerpo cósmico como en virtud de un amor heroico; es una acción que no se realiza en la cópula carnal. Aislado en sí mismo, este amor es a la vez el padre y la madre del esperma neumático. De este esperma psíquico salen los íncubos que oprimen a las mujeres y los súcubos que acosan a los hombres».

A través de la iatroquímica o medicina espagírica, Paracelso sienta las bases de una terapia que, siglos más tarde, es recogida por Mesmer primero y por Freud después. Pese a la obra de estos pioneros, desconocemos aún hoy las posibles alteraciones que la imaginación exaltada de una madre pueda originar sobre el feto que lleva en las entrañas; lo mismo que ignoramos todavía dónde se

asientan los incipientes recursos de la medicina psicosomática, la cual, para ser aceptada, exige de nuestro embotado racionalismo el replanteamiento de gran cantidad de supuestos corrientes, tanto de aquellos que intervienen en la estricta relación psique-soma como de aquellos otros relativos a la estructura de la personalidad humana y a la naturaleza de nuestro mundo perceptivo.

Hace cuatrocientos años, la medicina ortodoxa rechazaba la aportación de Paracelso. Hoy, se resiste a aceptar, por su falta de formulación científica y por la imposibilidad de demostración a nivel racional, la medicina psicosomática. Hace cuatrocientos años, el racionalismo renacentista negaba la licantropía. Y sin embargo, dos centurias después, en pleno siglo de las luces, el hombre lobo resurge en la ilustrada Francia, con la presencia misteriosa y sangrienta de la Gran Bestia en la despavorida Gevaudan.

De la licantropía al sadismo

En las viejas rondallas catalanas, al igual que en las demás tradiciones de la Península Ibérica referidas a la licantropía, aparecen con frecuencia brujas que se transforman en animales. Así, en una conseja exhumada por Javier Tomeo, vemos cómo un joven matrimonio vivía con su intimidad turbada a causa de las agrias y diarias disputas de la madre de la esposa. Harto de gritos al fin, el marido resolvió irse a vivir a otra casa con su mujer. Pero si bien se habían librado de la suegra, era ahora la presencia de una fiera gata negra la que alteraba la paz del hogar, principalmente a la esposa, pues ella se quedaba a hilar junto al fuego después de la cena mientras su marido se acostaba.

Una noche, dispuesto a sorprender al gato, en lugar de irse a dormir rápidamente, como acostumbraba, el marido se disfrazó con las ropas de su esposa y, empuñando la rueca, se sentó junto al fuego.

De pronto, sin que sepa cómo ha entrado, el gato está allí, bufando y mirando a esposo y esposa fijamente. Y, de repente, con un resoplido de desprecio, exclama:

—¿Eres hombre e hilas?

Pero el marido, sin desconcertarse, le responde:

—¿Y tú? ¿Eres gato y hablas?

Y como quiera que pareciese que el gato iba a saltar sobre él, le arroja la sartén con aceite hirviendo y, escal-

dado, el gato escapa chillando como un condenado. Al día siguiente, una vecina les informa que la suegra está muy enferma. Van marido y mujer a visitarla y la encuentran en la cama. El hombre le pregunta qué le ocurre.

—Bien sabes lo que me pasa —le responde la vieja con un gruñido.

—Si yo lo supiera, no se lo preguntaría...

—¿Y la sartén con aceite hirviendo que me tiraste anoche, malvado?

En todas estas transformaciones animales, ese rasgo sádico al que hemos aludido, pues no hay duda de que el marido sabía que aquel gato era su suegra, por más tufillo gatuno que exhalara, revelan tanto la humana condición como esa debilidad, por ignorancia o maldad, que inclina al hombre a creer en estas historias que él mismo inventa. No puede aducirse que tales leyendas provengan de siglos de menos luces intelectuales. Hoy, pese a los avances científicos de nuestra época, no solamente la superstición no ha sido desarraigada sino que se ha anclado en el subconsciente colectivo gracias a los modernos medios de información.

La literatura y el cine ayudan a admitir la realidad de la licantropía o el vampirismo según unos esquemas en franca oposición a su posible realidad patológica. Los relatos de viajes sobre «rituales de iniciación de los hombres-leopardo —nos dice Roland Villeneuve—, los extraños exorcismos de las personas poseídas por un animal, las espantosas costumbres de las tribus necrófagas, hacen recorrer un delicioso espeluzno por la espalda del lector. Ingenuo o curioso, este último estará predispuesto a tomar estos relatos como verdaderos si la acción transcurre al claro de luna, en selvas impenetrables y su-

jetas a maleficio. *Nox et solitudo plenæ sunt diabolo.* Es durante la noche cuando brilla *el sol de los lobos*, las brujas salen de sus guaridas, y las piedras de las tumbas, movidas por una fuerza oculta, eréctiles, se levantan. Pero es también en la penumbra cuando los locos, los sádicos y los criminales se dirigen en busca de una presa fácil y muda. Maníacos sexuales que se lanzan contra las mujeres y los niños y les hacen sufrir ultrajes en todo punto comparables a aquellos que los licántropos inflingían a sus víctimas. Han cambiado simplemente de nombre...»

En efecto, los actos de estos criminales, aunque algunos de ellos puedan explicarse por sus antecedentes patológicos, constituyen los actos de un obseso que busca en las satisfacciones brutales, en el despliegue de su crueldad, la fulgurante rapidez del placer sangriento que sólo el sadismo puede ofrecerle. En ellos, el placer de su crimen será tanto más intenso según sea la pasividad de su víctima, su capacidad de defensa.

Por ello no puede sorprender que el sádico busque siempre presas infantiles para poder consumar su hazaña sin una oposición eficaz. «Estas tendencias inveteradas —añade Villeneuve— a la violencia, a la agresividad, que se traducen por la búsqueda de la desfloración, del destripamiento, son también el hecho de individuos cuya hipersexualidad se halla trastornada o el de aquellos otros que manifiestan caracteres de infantilismo o de retraso, La fealdad y el aspecto repulsivo de los hombres lobo, sobre los cuales coinciden todos los demonólogos, deberían estimular un erotismo ya contraído por una existencia salvaje y una nutrición insuficiente: el satirismo les arrastraría fatalmente hacia la senda del crimen.»

En estos enfermos, pues así deben ser considerados, los factores de herencia genética, predisposición y cier-

tos caracteres mórbidos que puedan desarrollar al margen de su idiosincrasia constitucional, revelan además unos definidos cuadros patológicos que se acentúan extraordinariamente cada vez que la apetencia de sangre les empuja al crimen.

En la compulsión hemática del sádico, impulso absolutamente sexual, se confunden los límites de un estado que podría ser denominado normal, pues la fascinación de la sangre ejerce sobre los seres más equilibrados unos delirios eróticos «en los cuales los besos a veces se aproximan a la mordedura sádica».

Novalis se preguntaba si el deseo sexual no era otra cosa que el apetito, disfrazado, de carne humana. El asesino sádico Henri Blot, dijo al horrorizado magistrado que le juzgaba: «¿Qué quiere usted? Cada uno tiene sus pasiones y la mía es el cadáver». Muchos otros criminales «hubieran podido expresarse igual —nos ilustra Villeneuve—, pues en ellos el sadismo constituye el móvil esencial de sus actos. Ninguna frontera definida separa esas categorías de criminales (aunque este término no siempre sea del todo exacto), sino que algunos dirigen su pasión hacia los vivos (despedazadores, asesinos por voluptuosidad), mientras que el erotismo de los otros vira alrededor de la profanación de cadáveres (necrófilos, necrosádicos, necrófagos). Sin embargo, siguiendo las circunstancias, un monómano homicida puede acabar devorando la carne de sus víctimas, y un individuo dulce y tímido, ponerse a violar a aquellas personas que, en vida, se le habían negado. La necrofilia es de algún modo la sublimación intelectual y amorosa de esas pasiones sanguinarias. Muy mal conocida, se sitúa sobre la vía de las ambivalencias, opuesta incluso al vampirismo: reflejo mítico de un espejo donde ella constituiría la parte sóli-

da y verdadera. Ella es el Vampirismo al revés, como escribiera Michéa: "En lugar de un difunto que inquieta el sueño de los vivos buscando darles muerte, es un vivo quien turba la paz de las tumbas, que mancilla y mutila los cadáveres".»

Entre los sádicos destripadores, además del famoso Jack londinense (que algunos investigadores asocian al duque de Albany, último hijo de la reina Victoria), debemos citar a Williams, al destripador de Bonzen, a Menesclou, Bichel, Garayo, Kuerteb, Wainwright, Agron (que se hacía llamar Drácula), todos ellos poseyendo en común el gusto por las mutilaciones sádicas y los coitos *post mortem* con sus víctimas. Mención aparte merecen Antoine Leger y Manuel Blanco, pues ambos se creían embrujados y transformados en lobos. El español, más modesto en relación a los otros, sólo había matado a seis mujeres y devorado parte de su cuerpo.

El rasgo diferenciador de todos los asesinos sádicos es, casi siempre, la conservación de algún fetiche de la víctima, la cabeza o cualquier órgano que, por lo general, con el olor que despide en su putrefacción, es lo que atrae a los curiosos y a la policía. En casi todos los casos, como se demuestra en la instrucción, el homicida tiene atrofiado el sentido del olfato.

El inglés Reginald Christie y el americano Edward Gein, ilustran esta especie. En el primero de ellos, «pequeño y retraído, flaco, calvo, con gafas, de educación exquisita y siempre impecablemente vestido, nada traicionaba en él a la gran fiera, al loco de la luna llena, al émulo de Jack el Destripador. Bajo los pretextos más diversos, atraía a su casa a prostitutas clandestinas, provocando una fuga de gas a fin de evitar toda reacción por su parte, y las estrangulaba con una media o con un cor-

dón para violarlas una vez habían exhalado el último aliento.

»En este hombre tímido, que desde su infancia sufría un complejo de inferioridad y migrañas, la manía sexual predominante (no mataba para robar, como Landrú o Petiot) estaba anclada desde muy antiguo. En la confesión que nos ha transmitido, pretende que una fuerza sobrenatural le empujaba a matar (al menos mató a diez mujeres) y que la muerte ejercía sobre él un poder fascinante.»

En el caso de Edward Gein, nos revela también Roland Villeneuve, «el concurso de cabezas y máscaras, digno de las preparaciones macabras de los jívaros y de los maoríes, le empujaba hacia la conservación de los cuerpos enteramente momificados. Este granjero de Wisconsin, de cincuenta años de edad, cuya casa casi en ruinas ocultaba diez cadáveres, conservaba las cabezas de sus víctimas —¡el progreso obliga!— en sacos de materia plástica y tapizaba con piel humana las paredes de su dormitorio. Detenido en 1957, confesó que, además, había desenterrado cráneos de tumbas recientes por los cementerios de su vecindad. ¿Actuaba en un estado de embrutecimiento? Así lo pretendía él. Lo cierto es, sin embargo, que había despedazado a diez mujeres y violado nueve tumbas».

Estigmatizada la execrable lujuria que lleva a algunos hombres a violar a mujeres muertas, *casu incidit in memoriam execradus ille libidinis amor, quo quidam femeninam cognoscum mortuam*, esta búsqueda enfermiza del placer a veces se manifiesta por el signo opuesto. Sara Bernhardt, por ejemplo, no se recataba de decir en todas sus entrevistas que «solamente experimentaba placer real entre las tablas de un ataúd». Esta desviación era

tan poderosa también en Bela Lugosi (el primer intérprete cinematográfico del conde Drácula), que acabó confesando asimismo que sólo podía conciliar el sueño en el interior de un féretro.

Entre la necrofilia y el necrosadismo, tan sólo los nombres del mariscal Gilles de Rais, el legendario Sacamantecas o Sacramantecas, Vacher, el sargento Bertrand, Ardisson y todos los demás casos que descubren los manuales de psiquiatría, causan tanto espanto y consternación como la gacetilla que el periódico *Le Monde* publicaba en enero de 1953 relatando cómo una joven danesa, Gertrude Bodenhoff, había sido enterrada en estado letárgico. «La noche siguiente a las exequias, unos desvalijadores de cadáveres entraron en el mausoleo para robar las joyas de la muerta. Cuando uno de los malhechores le arrancó un arete de la oreja, ella se irguió en su ataúd, despertada por el dolor. Los bandidos, sin dejarse conmover por el horror de la escena, violaron a la joven para matarla después a golpes de azadón...»

Estos hechos, ocurridos a mitad del siglo XX, recordaban al lector que tales horrores no sólo eran posibles, sino incluso frecuentes y reales al menos siglos antes. La misma prensa francesa, sin embargo, sólo unos meses antes de estos hechos, había tratado con gran circunspección el arresto masivo de un grupo de necrófilos, llevado a cabo en el cementerio de Niza, donde se reunían para celebrar sus macabras misas negras.

Pero más que la prensa, serían los psiquiatras, psicoanalistas y criminólogos quienes podrían hacer declaraciones interesantes respecto a los distintos matices del necrosadismo y a su relación con la, en siglos pasados tan en boga, licantropía. Pero, su tranquilizador mutismo, o su discreta circunspección al tratar el tema, no

significan en absoluto que el fenómeno haya desaparecido.

Puede parecer, en efecto, que tales monstruosidades se dieran solamente en el pasado, ayudadas por los errores genéticos y la superstición. Sin embargo, hoy, aunque la superstición sea menos corriente, los errores genéticos siguen produciéndose y siguen alimentando la temática de las historias de terror.

Hace pocos años, la prensa mundial recogía la noticia de un recluta turco que había sido excluido de filas al tener un apéndice caudal de treinta centímetros de largo. El *homo caudens*, pues, aún se da en nuestros días. Según las precisiones de la agencia romana que transmitía la noticia, se habían recibido fotografías del joven turco desde el Hospital Militar de Ankara, y «en ellas se veía a los médicos en trance de examinar a un recluta con una cola de treinta centímetros en la base de la espalda». Según la nota, el joven contaba veintiún años y era originario del este de Turquía. Había ocultado siempre esta deformación, la cual no fue descubierta hasta pasar por el tribunal de revisión médica. La protuberancia, añadía la citada nota, tenía «alrededor de cinco centímetros de diámetro y se unía al cuerpo a una altura de unos doce centímetros de la espina dorsal»

Otro caso singular, publicado por la prensa francesa, daba cuenta de un «bebé-sirena» que acababa de nacer en la Maternidad de Arcachon. La cabeza, el tronco y los brazos del recién nacido eran normales. «El resto del cuerpo, sin embargo, presentaba el aspecto de una sirena. El bebé no ha sobrevivido.»

En el *Liber de monstruosis hominibus* y en otras crónicas medievales, se describen casos todavía más insólitos. Gentes, por ejemplo, que «tienen el labio superior

tan grande que cuando quieren dormir al sol, se cubren toda la cabeza con el labio». Antonio Pigafetta habla de otros hombres-sombrilla, unos pigmeos que utilizan las orejas no sólo a modo de parasol sino también como mantas, pues se cubren con ellas en las noches frescas.

En pueblos más civilizados que los pigmeos, cuando los monstruos no nacían espontáneamente, se fabricaban. En 1670, el doctor Dobrenski, en su *Artificialis pygmoreum efformatio*, acusaba a unos italianos de untar a sus hijos con grasa de lobo, de topo y de murciélago para evitar que crecieran. En China se fabricaban niños-perro a base de arrancarles la piel a tiras e injertarles la de un perro. Pero esto no era todo. Si sobrevivían al tratamiento, lo que ocurría en uno de cada cinco casos, les cortaban las cuerdas bucales y les enseñaban a aullar.

Teratología. Los monstruos

A través de los tiempos, las diversas anomalías en la configuración física del hombre han sido consideradas como objeto de admiración o bien de terror. La tradición enseña que no sólo algunos pueblos se jactaban de su origen animal, sino que ciertas familias reales sacaban de los símbolos animales el distintivo de su estandarte.

Pero sin ahondar en la heráldica, en las sociedades primitivas, cada individuo asume la figuración del animal totémico que se atribuye, es decir, la de aquel animal o de aquella fiera que le guía subconscientemente y con la cual se siente identificado. Ahora bien, cuesta admitir, como pretenden algunos, que esta «memoria» pueda primar sobre el orden genético establecido y, alterándolo, aparezca la transformación que en su subconsciente fetal desea el individuo.

El exceso de vello en hombres y mujeres, la hipertrofia facial o de los miembros, apasionó a los teratólogos antiguos. Pausanias, Jámblico, Plinio, Olaus Magnus y otros describen ejemplos y relatan diversos casos de muchachas seducidas por osos y toros, de hombres provistos de cola de lobo, de mujeres velludas y otros diversos casos singulares que despertaban la admiración.

La atracción por estos seres deformes se ha mantenido, sin embargo, hasta tiempos recientes. Poco antes de la Segunda Guerra Mundial, la policía húngara desarti-

culaba en Budapest una «fábrica de monstruos». En el catálogo encontrado por la policía en la clínica clandestina, aparecía un hombre-león (transformado con inyecciones a base de extractos de glándulas animales y con injertos en el rostro de piel de carnero) y multitud de fotos de hombres de colores, a los cuales se les cambiaba la pigmentación cutánea químicamente y cuyas fantasías en colorido y diseño habrían seducido notablemente a la más hermética colonia de homosexuales.

Jean Vergerie, en su *Historia de Priska*, nos ofrece una terrorífica descripción de una de aquellas «fábricas»:

«A lo lejos, hay una sala que parece una clínica. Es allí donde son enviados los niños que fueron raptados en su más tierna infancia; para ellos se han fabricado, después de la operación quirúrgica, corsés de cuero o de hierro, perneras de idénticos materiales, con el fin de contrarrestar el desarrollo de tal o cual miembro. He aquí una niña que no puede más que saltar porque sus rodillas fueron rotas y las piernas y los muslos no forman más que una línea recta. Hay una docena de jorobados. Hechos de la forma más extraordinaria y en esta misma sala donde han sido engendrados tales monstruos. Desde su primera infancia fueron encerrados en jaulas de hierro. En una de ellas, un *bambino* de cincuenta centímetros de altura y que tiene la cabeza tan gruesa como la de un hombre. Otro que mide apenas un metro, posee el trasero de una gruesa comadre y ello le impide andar porque el peso le tira para atrás. Hay varias jovencitas cuyo talle no rebasa los treinta centímetros y que, sin embargo, son muy bellas. Durante diez años han tenido la cintura apretada en un corsé de hierro, soldado eléctricamente a su cuerpo: mientras el resto del cuerpo se desarrollaba, el talle conservaba los treinta centímetros

originales, obteniendo así lo que no hubiera sido posible con la máxima presión de un corsé de cuero o de satín; monstruos más horrendos los unos que los otros; sobre tal muchacha se ha favorecido el desarrollo del sistema piloso, de tal forma que uno creería estar ante una mona. Todo es pelo: los senos, el interior de los muslos, las nalgas, las mejillas...

»"Lo difícil —explica con toda naturalidad el cirujano— es encontrar esclavos jóvenes y aptos para soportar las deformaciones y las torturas necesarias con el fin de hacer de ellos unos monstruos. Es un trabajo que, por término medio, dura una decena de años, y, sin embargo, recibimos demandas de monstruos desde los cuatro rincones del globo y no las podemos atender. Mire esa chica peluda. Pues imagínese que tenemos más de quinientos pedidos, o sea, quinientos personajes dispuestos a meterla cada noche en su lecho. Y al monstruo de la cabeza gorda, sin dientes ni uñas, se le pone bajo las sábanas y él ya sabe lo que debe hacer...".»

Buffon catalogó a los monstruos en tres especies: aquellos que lo son por exceso, los que lo son por defecto y aquellos otros que adquieren la monstruosidad debido a la falsa posición de sus miembros. Es en el siglo pasado, sin embargo, con el *De monstris* de Haller, *La Philosophie anatomique* y el *Dictionnaire pittoresque d'Histoire naturelle et des Phénomenes de la Nature*, del doctor Saint-Hilarie, que la teratología adquiere su carta de naturaleza científica.

Pero la curiosidad por los caracteres mórbidos de la anatomía, no era nueva. Los babilonios y los asirios consideraban las anomalías como un interesante material del que extraer presagios: «Las describían complacientemente, deduciendo las profecías ya fueran favorables o desfa-

vorables». Maurice Caullery, citado por *Bizarre*, afirma por su parte que «en la biblioteca del rey Asurbanipal de Nínive (dos mil años antes de Jesucristo), compuesta de placas de tierra cocida cubiertas de caracteres cuneiformes, existe un ejemplar (actualmente en el British Museum de Londres) cuyo desciframiento ha revelado ser *un catálogo de monstruos observado en Nínive*, con los presagios correspondientes que determina», lo cual ha permitido a su vez identificar de forma precisa la mayor parte de las monstruosidades por ellos observadas.

En los tratados de teratología citados antes, se reproducen o se citan la mayoría de los casos recogidos por la historia de la medicina. Tal es, por ejemplo, el de la viuda Dimanche, llamada la «Abuela del cuerno», que a sus ochenta y cuatro años se hizo extirpar el apéndice córneo que tenía en la frente y que cada vez le crecía más. En el momento de su ablación, felizmente llevada a cabo por el doctor Sonberbilles, el cuerno, orientado hacia abajo, le llegaba a la anciana casi a la altura del pecho.

Otro octogenario, yugoslavo éste, hace pocos años se hizo cortar un cuerno que le impedía dormir.

«Un curioso fenómeno médico —rezaba la noticia en los periódicos— acaba de ser constatado en Senita (Bosnia), donde un octogenario residente en el pueblo de Doglodd se ha presentado en el hospital para pedir la extirpación de un cuerno de veinticinco centímetros que le había crecido sobre el lado izquierdo de la frente.

»Según sus propias declaraciones, este extraño campesino —reedición parcial de fenómenos mitológicos— había constatado diez años antes la aparición de una protuberancia molesta, que primero disimuló con la ayuda de un fez (gorro nacional), después con la de un turbante, pero viendo que el bulto no dejaba de crecer, decidió

recurrir a la cirugía, pues, según dijo, el cuerno le impedía dormir.

»De acuerdo con la prensa de Belgrado, la operación ha transcurrido perfectamente y el cuerno ha sido entregado al museo anatómico de la Facultad de Medicina de Sarajevo, donde todos se pierden en conjeturas sobre el fenómeno.»

Al contrario de los cornudos, son mucho más frecuentes los velludos, a juzgar por la literatura e iconografía que se les ha dedicado. Entre los hombres, el más conocido es Horacio González, un español que viajó en peregrinación hasta Roma para rogar que se realizara un milagro y cambiara su aspecto. El grabador florentino Stéfano Della Bella nos ha legado un magnífico retrato de González, cuyo rostro, de auténtico y triste hombre lobo, muestra la más desmesurada hiperplasia facial.

Entre las mujeres velludas, además de la Pastrana, destaca Magdalena Ventura, formidable matrona a quien le creció la barba después de su matrimonio y que aparece inmortalizada por el pincel de Ribera, con toda la barba, amamantando a su hijo ante la mirada enternecida de su imberbe marido.

De Julia Pastrana, la mujer lobo más popular de todos los tiempos, nos dice Darwin que «tenía el cuerpo tan velludo como la barba, sobre todo la frente y el cuello, y, como particularidad interesante, la presencia de una doble hilera de dientes, en ambas mandíbulas, lo cual proporcionaba a su rostro un fuerte prognatismo y un perfil simiesco...»

A veces, como vemos, la Bella es más peluda que la Bestia. Mademoiselle Delait, la más famosa de las mujeres barbudas de los tiempos modernos, ilustró con sus tarjetas postales (que ella expedía por una módica suma

a todos aquellos que se la solicitasen) todo un período de la Belle Époque. La señorita Adriana, años después, sería también un fenómeno similar.

Según los doctores americanos Moses y Lloyd, de la Universidad de Nueva York, sus investigaciones les han llevado a la conclusión de que, en las mujeres, una fuerte pena de amor puede desencadenar en ellas el desarrollo anormal del sistema piloso. Ambos doctores, en apoyo de su tesis, han citado el caso de una joven de veinte años a quien le creció la barba con ocasión de incorporarse su novio al servicio militar.

Este caso no es aislado, pues otros médicos ingleses trataron a una joven que también vio desarrollarse su sistema piloso después de haber roto con su novio.

Estos sucesos, que plausiblemente se producen en mujeres muy emotivas, aparecen, aunque por error, también en el Santoral.

Hace tres décadas, la prensa francesa reproducía bajo el titular *El general De Gaulle no ha visto la santa «con barba» de Wissant*, la crónica que desde Calais les enviaba el corresponsal Robert Lassus:

«Si el general De Gaulle hubiera tenido tiempo para darse un paseo por Wissant, la pequeña estación balneario del Pas-de-Calais donde el domingo último pasaba su fin de semana, y de haber entrado en la iglesia del pueblo, hubiera visto la barba de la santa.

»Para conocer las finezas de esta curiosidad clerico-escultural, el general habría interrogado en vano a las gentes de Wissant, pues nadie sabe allí por qué a la santa Wilgeforte le falta tanta femineidad.

»En los tiempos legendarios en que los padres no dejaban a sus hijas tontear con el amor, había una joven bella y alegre llamaba Wilgeforte, que se paseaba por el

bosque de Wissant. Un caballero que la viera pasar, le hizo la corte muy impetuosamente. Virtuosa, Wilgeforte huyó y, cuando ya estaba a punto de ser alcanzada, invocó al cielo rogando la proveyese de una barba opulenta para que así, para siempre, rechazara a los caballeros demasiado fogosos. Una barba, e incluso un bigote, le crecieron, lo cual hizo desistir a su fugaz enamorado.

»Sin embargo, cuando Wilgeforte volvió a su casa, su padre no creyó ni una sola palabra de la historia, imaginando, naturalmente, que Dios la había castigado con aquella barba porque ella se había portado mal en el bosque. Y así ordenó que la pequeña santa fuera enviada al martirio.»

Pero sin duda el cronista francés estaba tan mal informado como el propio general De Gaulle, pues, según la leyenda, aunque Wilgeforte aparece en muchas imágenes piadosas diseminadas por la Europa Central, era hija de un rey de Portugal, no cristiano, que quiso casarla con un monarca vecino tan pagano como él. Ella pidió a Dios, en efecto, que le librase del marido que le imponían mediante el milagro de que la barba le creciera al instante, y es por ello que su padre, al ver frustradas sus intenciones, la hizo crucificar.

Adorada también bajo el nombre de Liberata en los países más orientales de Europa, y con los de Ontcommer y Kummerniss en los balcánicos, se admitió hace no muchos años que Wilgeforte jamás había existido. La leyenda nació con la difusión del culto al santo Volto de Lucques, en cuyas imágenes se representaba a Cristo vestido con un sayal, en lugar del tradicional paño alrededor de la cintura, lo que dio origen a que popularmente se le tomara por una mujer crucificada.

Entre las diversas configuraciones externas a que pue-

de dar lugar el mal funcionamiento de las glándulas de secreción interna, son curiosas también aquellas que afectan a la irregular pigmentación de la piel. La mujer leopardo de tanos circos y ferias, junto con infinidad de seres semejantes, pasan hoy desapercibidos gracias a los adelantos de la cosmética y al arte del maquillaje. George Alexander, el niño dálmata que, con su perro de idénticos colores, ilustraba las estampas coloniales del Caribe, no es comparable, sin embargo, a los hombres pez, cuyo cuerpo cubierto de escamas causaba tanta repulsión.

En la «Descripción de un niño prodigio», estampa impresa en Nápoles el año 1862 y que exhumó la revista *Bizarre*, leemos, debajo del retrato del infante ictioso:

«La Madre Naturaleza, caprichosa de su invención, cae en el error faltando cuando la materia falta, o cuando ella abunda, o cuando está a punto de formar su obra, o cuando esta facultad aparece espantada o viciosa...; este niño nació de buenos y honestos padres... cargado de escamas como un pez, cosa más horrible que el mundo nunca ha visto...»

Según la mencionada estampa, estando encinta la madre del niño pez, acudió un día a hacer su colada a un arroyo próximo al mar, donde vio muchos peces de grandes escamas. Esto, según la leyenda de la estampa, hirió tan vivamente su imaginación que dio como resultado el que su hijo naciera lleno de escamas, las cuales, si eran arrancadas, cedían el lugar a otras todavía más duras. El texto de la estampa termina con un exordio que alivia a los padres de parte de la responsabilidad, pues «a veces los monstruos nacen del concurso de varias cosas» y hace preces para que le pluga a Dios no enviar al mundo «niños tan horribles» como aquel Pietro Antonio Configlio.

Entre los monstruos más trágicos, cabría destacar a

los dobles o siameses. Eng y Chang, Rosa y Josefa, Radica y Doodica, a quienes el doctor Doyen intentó separar con mediano éxito, pues sólo una de ellas sobreviviría a la operación, son los más notables de la época moderna.

Pero Montaigne, en sus *Ensayos*, nos describe a un personaje todavía más desdichado. «Esta historia será muy simple, pues dejo a los médicos la tarea de discurrir sobre ella. Vi anteayer a un niño al que llevaban dos hombres y una nodriza, quienes decían ser el padre, el tío y la tía del pequeño al cual mostraban, a causa de su estrechez, con ánimo de obtener algunas monedas. El chico era, por lo demás, de forma normal y se sostenía sobre los pies, marchando y andando a gatas como los de su edad, pese a que no comía otra cosa que la leche de su nodriza; ensayaron en mi presencia ponérsela en la boca, la chupó un poco, pero la dejó sin tragar: sus gritos parecían tener alguna cosa de particular. Contaba exactamente catorce meses de edad. Por encima de sus tetinas, tenía cogido y pegado otro niño, sin cabeza y con el conducto de la espalda cerrado, pero el resto entero: un brazo era más corto que el otro, pero hay que tener en cuenta que se lo habían roto al nacer, por accidente. Estaban juntos frente a frente, como si el más pequeño quisiera abrazarse al más grandecito. La junta y el espacio por donde se tenían, no era más que de cuatro dedos, o aproximadamente, de modo que si se desnudaba a este niño imperfecto, se verá el ombligo del otro a través de las piernas de éste. El ombligo del imperfecto no se puede ver, pero todo lo demás de su vientre está en orden... La nodriza nos explicó que el niño orinaba por los dos miembros; y así debe ser puesto que todo aparece en él imperfecto en el mismo lugar que en el otro, salvo que todo en él es más pequeño...»

El caso que relata Montaigne no es el único de heterodimia que recogen las historias médicas y de curiosidades. En 1742, en Nápoles, apareció un hombre en el que la única anomalía era tener unas nalgas y piernas «de niño bien conformado que le salían de la región epigástrica». Otra noticia indica que un suizo, en 1764, recurrió a un cirujano para que «le extirpase las partes superabundantes por medio de la ligadura», pero no precisa si tal operación fue llevada o no a cabo. El espadachín Lazarus-Joannes Batista Colloredo, tenía un heterodimo que le salía también del pecho, pero, contrariamente a los descritos, éste estaba unido a su epigastrio por las rodillas, teniendo parte de las piernas, el torso, los brazos y la cabeza. Dicen que cuando su espada no era suficiente para contener a los malandrines, de un manotazo se desabrochaba el jubón dejando que apareciera su acompañante, el cual, aunque minúsculo y desarmado, era tan aterrador que tenía la virtud de poner en fuga a los otros.

Laloo el hetoridimo y el pígomelo de tres piernas de Francesco Lentini, lo mismo que los hombres y mujeres tronco que hicieron las delicias del público circense durante los primeros años de este siglo, cifraban su éxito precisamente a su deformidad, cosa que no debe sorprender a nadie.

A Descartes le atraían las mujeres jorobadas y Baudelaire se apasionaba por las bizcas. Carlos II encargó a Juan de Carreño el retrato de su enana favorita, y otros monarcas europeos hicieron otro tanto con sus bufones y enanos predilectos. En Roma, el emperador Domiciano se divertía haciendo luchar en la arena a enanos y amazonas. Silla, precursor de Luis II de Baviera, reunió un harén con los enanos más deformes, jorobados y amputados. Tiberio y Calígula compartían los

mismos gustos. Los Médicis poseían un foso en el que contemplaban las proezas de sus pequeños sirvientes. Francisco I, Estanislao Leczinski y los monarcas españoles del Siglo de Oro, como Velázquez ha inmortalizado en sus cuadros, se sentían también atraídos por los enanos y los deformes, y constituyen con el paradigma opuesto de Isabel de Rusia (quien se vengó de la traición de su amante obligándole a casarse con una enana), modelos que ilustran vivamente aquellas palabras del marqués de Sade explicando que, en materia de gustos, los prejuicios admitidos carecen de todo significado: «Los gustos se forman y nada en el mundo puede destruirlos; la educación, por más que quiera, no cambia nada».

No cambia nada, en efecto. Hombres y mujeres cultivados acudían, en la China imperial, a los gabinetes de los fabricantes de monstruosidades. Los mandarines, para retorcerse y alargarse las uñas inverosímilmente, siempre con finalidad sexual. Las niñas, para acortar sus pies mediante la conocida deformación, la cual, decían, era un poderoso estimulante para el erotismo. En Birmania e Indonesia, lo elegante eran los «cuellos de jirafa», obtenidos por las damas a base de férreos collares que alargaban su garganta unos centímetros, tras varios años de uso. Los monstruos de la isla de los «seres sin alma» del doctor Moreau, como los *comprachicos* de la novela de Victor Hugo, han satisfecho siempre los gustos perversos de sus compradores con esas bellas de laboratorio que más se asemejan a la Bestia de la fábula, pero cuya hermosura demencial rompe todas las barreras de la inhibición.

Monstruos de cartón

Durante el siglo XIX se desarrolla una literatura popular que, junto con el naciente arte de la fotografía, el teatro y la creciente facilidad en las comunicaciones y en la información, crea un clima que simplifica el camino a las populares exhibiciones de monstruos, el espectáculo de masas también durante el primer tercio del presente siglo.

Como apuntamos antes, el gusto por los monstruos tiene probables raíces históricas. Ita y Pta, los dioses enanos egipcios, comparten los altares con el dios bicéfalo Mutu. Los indios y los griegos veneraban a las diosas de senos múltiples, a los hermafroditas y a los andróginos. Las damas romanas tenían una predilección particular por los monstruos y observaban desde lugares ocultos las luchas entre los gladiadores y los enanos, «elegían y se hacían traer aquellos que mejor podían satisfacerlas». El harén de enanos de Silla, los bufones enanos de Nerón, Domiciano, Tiberio, Heliogábalo y Calígula, ilustran estos extraños gustos que llegan, con el último emperador, a proclamar senador a su caballo. El sadismo romano se manifiesta tanto en el circo como en las fiestas, donde se montaban espectáculos erótico-sádicos para divertir a los asistentes a las mismas. En los famosos festejos organizados por Nerón en sus jardines, de noche, a la luz que proyectaban las antorchas vivientes de los cristianos cru-

cificados y recubiertos de brea, el número de las mujeres violadas una y otra vez por sátiros deformes, hasta producirles la muerte por extenuación, era uno de sus juegos más inocentes.

Estanislao Leczinski, duque de Lorena, «experimentaba una pasión inexplicable por Nicolás Ferry, llamado Bebé, un atroz y diminuto gnomo, de una fealdad repelente, al que encargaba la representación de escenas brutales. La horrible marmota, de cara de musaraña, arrojaba a los perros por las ventanas y empujaba sobre el fuego de las chimeneas a los otros enanos de la corte...» Por su parte, Francisco II, añade Boullet, «prefería a los gigantes, y el regimiento compuesto por colosos que hizo constituir fue una verdadera ruina para el reino. Un texto de la época informa, en efecto, que los compraba a precio de oro y que tenía numerosos *buscadores de gigantes* a través de toda Europa».

En *El hombre que ríe*, Victor Hugo nos habla de los *comprachicos* y de las «fábricas de monstruos» donde, bajo pedido, se confeccionaban enanos y deformes a medida. «Se sabían fabricar en aquellos tiempos cosas que ahora ya no se producen... Ya no se sabe esculpir en plena carne humana, y esto ocurre porque el arte de los suplicios se pierde... Cortando los miembros a los hombres vivos, abriéndoles el vientre y arrancándoles las vísceras, se estaba sobre el fenómeno mismo, se hacían hallazgos; ahora tenemos que renunciar a ellos, además de al progreso que el verdugo le permitía hacer a la cirugía.»

Si Suetonio, Tácito y Tertuliano son testigos en Roma de la depravación a que los monstruos son sometidos por los césares, Hugo y Wells se anticipan con fina intuición al gusto popular del siglo XIX por el mismo espec-

táculo, que poco después será a su vez cultivado por el cinematógrafo.

En *Nuestra Señora de París* Victor Hugo nos ofrece un retrato del jorobado y tullido Quasimodo, quien enamorado de la gentil Esmeralda, y con inclinaciones necrófilas, sólo puede poseer a la bella después de la muerte de ésta. Años más tarde el esqueleto de Quasimodo fue descubierto abrazado al de la hermosa gitana y, cuando quisieron separarlos, ambos se deshicieron en polvo.

A veces, sin embargo, no es la Bestia quien busca a la Bella, sino, inversamente, la Bella quien acosa a la Bestia. Las deformidades siempre fueron un poderoso atractivo a los ojos de los sátiros y de las ninfas. Los tiempos modernos no menguan este impulso ancestral. Las damas elegantes que visitaban Le Café du Géant de París, acudían allí atraídas por la novedad, pero la policía pronto puso fin al espectáculo al descubrir que el café «se había convertido en un extraño foco de prostitución donde las bellas alquilaban los favores de los hércules demasiado perezosos para trabajar en Les Halles».

Las tres piernas de Francesco Lentini atraerían a una gran dama de la Europa central hasta el punto de hacerlo su esposo. Pero el *trijambiste* (título de gloria pero que ocultaba púdicamente cuál era en realidad aquella tercera pierna que hacía su fortuna), cansado de la monotonía conyugal, se fuga en busca de las aventuras a que estaba acostumbrado. Obviamente, con sus tres piernas no hay quien le alcance y la esposa debe resignarse a perder a su trípedo.

Hace unos años, la prensa inglesa daba cuenta de otro trípedo, pero éste auténtico, un escocés de Dundee que, a los cincuenta años, y después de haberse pasado toda la vida recluido en su casa, se hizo extirpar el miembro su-

pernumerario. Otros, en lugar de recluirse, huyen. Así lo hicieron los siameses Eng y Chang, escapando de la millonaria ninfómana americana que pretendía casarse con los dos. Y tal vez cometieron un tremendo error, pues luego no pudieron ser más desdichados. Casados al fin con mujeres que se detestaban mutuamente, se vieron forzados «a visitar cada uno a su vez un domicilio diferente. Los dos hermanos se desplazaban en un solo caballo y tenían una cama de tres plazas en cada uno de los domicilios de sus cónyuges». Otros dos hermanos siameses, Lucio y Simplicio, se casaron a su vez con dos muchachas hermanas gemelas y se dedicaron, los cuatro, a bailar profesionalmente el tango. Luego, convertidos en campeones de patinaje artístico, terminaron su carrera de éxitos cuando uno de ellos, al volante de su automóvil, atropelló a un niño y fue condenado por conducir en estado de embriaguez. Este asunto provocó una serie de cuestiones de orden jurídico, pues sentenciado a una pena de prisión, no podía cumplirla a menos que su hermano, inocente, fuera encarcelado también.

Caso curioso asimismo es el de las siamesas Rosa y Josefa, pues una de ellas tuvo un hijo sin que la otra, según aseguraba, se enterase. Rosa y Josefa triunfaban, en la última década del siglo XIX, en el teatro de La Gaité, de París, mientras en Londres miss Miriam, la Reina de las Amazonas, asombraba a los espectadores del Alhambra con sus casi tres metros de altura.

Al otro lado del Atlántico, el circo Barnum y Bailey, «museo vivo americano gigante de fenómenos y prodigios humanos», según rezaba su propaganda, mostraba a todo el país, en ininterrumpida gira triunfal, su feliz colonia de monstruos. Entre el espectáculo de Barnum, cuyo nombre ha venido a convertirse en sinónimo de

monstruo, cabe destacar a la Chica Leopardo, cuya piel lucía un hermoso dibujo bicolor. Junto a ella, el albino Rob Roy, quien, además de su color, poseía la rara facultad de poderse dislocar todos los huesos de su cuerpo. Una proeza que no podía hacer Charles Trip, el Hombre sin Brazos, pero que se servía de sus pies mejor que otros con sus manos.

La enana Reina Mab, con su talla de cincuenta y ocho centímetros y sus nueve kilos de peso, constituía una atracción de tan probado éxito como la del Esqueleto Gomoso. Pero, sin duda, la atracción principal de la primera época de Barnum era Jo-Jo, el Hombre Caniche, de quien su propaganda decía ser «un raro ejemplo de los caprichos de la naturaleza... Este joven ruso, que habla cuatro lenguas a través de sus labios de perro, es conocido por el apelativo de Hombre Caniche a causa de sus largos y sedosos pelos que le recubren el rostro, los ojos, la nariz, las orejas, el mentón y el cuello...»

Lionel, otro hombre perro excepcional, era, con los hombres y las mujeres tronco llegados al espectáculo de Barnum en la segunda época del célebre empresario, la atracción máxima de este período. Si Rosalie Fournier fue en su época una mujer extraordinaria (a causa de los muñones que formaban el cabo de sus piernas, parecidos a dos grandes senos femeninos), Miss Violeta y Johny Eck, los tronco de Barnum, no consiguieron menos éxito.

Junto a ellos, el tradicional hombre esqueleto y las descomunales obesas. The Mammoth Lady, Jenny Letto, Miranda y Miss Rose, todas ellas rozando el cuarto de tonelada, no pudieron superar los cuatrocientos ochenta y tres kilos de Robert-Earl Hughes, el hombre que cuando murió no pudo ser ingresado en el hospital, a

causa de que era imposible que pasara por sus puertas, y al que se tuvo que atender en el interior de su *roulotte* especial, en el patio del citado hospital.

En el capítulo de los gigantes, ni Hugo, el Gigante de París, ni Armand, el otro gigante parisiense, ni el Tirolés ni tampoco los gigantes de Barnum consiguieron alcanzar la hazaña extraordinaria de Machnow, el gigante ruso, cuyos 2,85 metros de estatura no pudo ni rozar siquiera el Hombre Telescopio de Barnum con sus insólitos estiramientos a voluntad.

Colibrí, el más famoso enano de París, si bien aventajaba al americano Tom Puce en inferior estatura, no hacía lo propio en astucia. Mientras Colibrí languidecía en París, Tom Puce se convertía en el amante de la famosa Cora Pearl y reunía una valiosa colección de brillantes tan extraordinaria como su posterior y sorprendente matrimonio.

En 1932, Tod Browning rodaba con los monstruos reales del último Barnum la película *Freaks*, un documento sin precedentes sobre la teratología. Hacia el final del film, los monstruos, reptando o arrastrándose por el suelo, persiguen a la joven que les ha insultado y el clímax de terror aumenta hasta alcanzar el paroxismo en su última escena.

El cine alemán, pionero del género terrorífico, consiguió en 1919 con *El doctor Caligari* una carrera de éxitos que ya no se interrumpiría hasta la guerra de 1939. *Nosferatu* y *El doctor Mabuse*, *El Golem* y una versión del mito de Jekyll y Hyde, constituyen el punto de partida de una línea que sería continuada aún con mayor brío por el cine americano de los años siguientes.

En la década de 1930 se incorpora al género el conde Drácula. La primera versión, de Tod Browning, tuvo un

éxito inenarrable. Lamentablemente, el siniestro vampiro balcánico fue cediendo lugar en las pantallas a los temas que el cine de Hollywood explotaría una y otra vez: los jorobados de Nuestra Señora de París, los fantasmas de la Ópera, Jekyll y Hyde, las máscaras diabólicas, los pactos infernales, King-Kong y los sucesivos monstruos antediluvianos, el hombre invisible, las figuras de cera, los autómatas y los museos poco comunes, los zombies y otros asuntos necrofílicos, la brujería, los vampiros exóticos, y, por supuesto, los misteriosos seres zooantrópicos de la isla del doctor Moreau.

La serie de actores que el cine ha hecho famosos con el terror está sin duda encabezada por Bela Lugosi, Lon Chaney, Boris Karloff, Basil Rathbone, Peter Lorre, Cristopher Lee y el injustamente subestimado Vincent Price. Actores todos ellos que han animado con su genio interpretativo esas malignas criaturas que tantos escalofríos siguen provocando.

VAMPIROS, lobisomes y monstruos, forman una caterva de personajes que la literatura y el cine han popularizado y cuya función, según esta visión simplista, parece reducirse a causar pavor durante una nocturna y maléfica actividad.

Lo cierto, sin embargo, es que a la luz de la ciencia actual, lo que hoy es una realidad clínica, hace unos pocos siglos representaba el vampirismo y demás manifestaciones de deterioro de la personalidad junto con las características malformaciones de algunos seres desdichados, llegó a constituir una verdadera maldición que, con el carácter cíclico de una epidemia fue asolando Europa mientras la imaginación popular ensayaba todo tipo de prevenciones de las que este libro ofrece todo un repertorio.

GRANDES MISTERIOS

ISBN 84-7175-4

libros Rio Nuevo
Mandri, 41 - 08022 Barcelona

UP-162-026*